

FR

FBI

SERIE

Fred Hercey

EL
SECRETO
DEL
COSTURERO

EL SECRETO DEL COSTURERO

Fred Hercey

SELECCIONES F.B.I. Nº 315
EDITORIAL ANDINA, S. A. -1987



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© FRED HERCEY

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto.

PINTO (MADRID)

Director responsable: Gregorio Ovejero.

I.S.B.N.: 84-06-05240-6

Depósito legal: M-36733-1987

29 2 88

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

JACK Howard miró con ojos nostálgicos las desnudas paredes de la habitación que acababa de alquilar por un plazo de tres semanas en la posada veraniega del «Aguila», cerca de Londres.

Había estado allí una vez y siempre deseó volver. Fue durante la guerra. Una breve licencia de quince días, que aprovecharon Stan y él para disfrutarlos en soledad en aquel apartado rincón de Inglaterra.

Stan era un atlético muchacho de Kansas. Su mejor camarada de la guerra. A las tres semanas de haberse incorporado al frente, Stan cayó para no levantarse más, casi segado por la mitad por una ráfaga de ametralladora. Allí se truncaron los hermosos planes que ambos habían forjado para el futuro en la soledad de la posada.

Una vez terminada la guerra, Howard ingresó en el F.B.I., donde se destacó por su inteligencia y arrojo en la lucha contra el crimen. Y aprovechó el mes de permiso que le había sido concedido como premio especial a su ímprobo trabajo en la solución del último caso en que había intervenido, para disfrutar unas vacaciones en aquel rincón de la vieja Inglaterra.

Un caso paradójico el suyo. Buscaba en el recuerdo del pasado un olvido del presente.

Atizó el alegre fuego que ardía en el hogar, procediendo luego a vaciar la maleta, colocando las ropas en el armario. En último lugar sacó la fotografía de una bellísima mujer, repasando las palabras escritas en el ángulo inferior derecho del retrato. «Para Jack Howard, cariñosamente, de su Helen Ferris».

La tiró con gesto brusco al fondo del armario, cerrando la puerta con llave. No era el mejor modo de olvidarla estar siempre

contemplándola, aunque fuera en insensible imagen fotográfica.

Descorrió los visillos del balcón y miró el plúmbeo cielo y la desolada campiña que rodeaba la posada. Los raquíticos arbolitos diseminados en la pelada pradera se mecían a impulsos del gélido cierzo, que arrastraba consigo minúsculos copos de nieve.

Vio de pronto las saetas luminosas de los faros de un automóvil, que se acercaba a la posada a velocidad peligrosa.

Oyó el brusco frenazo del coche al detenerse frente a la entrada y el hecho de tener que compartir la solitaria posada con otro huésped desconocido le produjo cierta contrariedad.

El timbre del mostrador repiqueteó con insistencia y sintió las pisadas de míster Davidson, el dueño, bajar al vestíbulo para atender al recién llegado.

Fue al subir la escalera míster Davidson y el nuevo huésped, cuando Howard se sobresaltó. Concretamente al responder la persona que había llegado a una de las preguntas del posadero.

Acercóse a la puerta temblando de excitación, concentrando todos sus sentidos en el del oído.

—Claro que es en verano cuando esto se anima de veras —oyó decir a Davidson—.

Pero tampoco faltan los que se dedican a invernar y así vamos tirando.

Le respondió una voz de argentadas inflexiones. Una voz femenina que él reconocería entre un millón. ¡La voz de Helen Ferris! Aquella mujer que apareció misteriosamente en su vida, haciéndole concebir la dicha de un amor correspondido, para desaparecer después de la misma forma enigmática con que hiciera acto de presencia.

Se preguntó qué destino la habría llevado a la vieja Inglaterra, y, más concretamente, a la solitaria posada del «Aguila», donde él pensó encontrar la tranquilidad de espíritu que ansiaba, lejos del bullicio de las ciudades y de los lugares que pudieran recordarle a la muchacha.

Sonrió con sarcasmo al comprobar que Davidson introducía a la mujer en la habitación contigua a la suya.

Dedicóse a pasear de un lado a otro de la habitación, rumiando sus pensamientos, todo el tiempo que Davidson empleó en encender el fuego del hogar.

Cuando el posadero se alejó en dirección a la cocina, Howard salió al pasillo, golpeando con los nudillos la puerta del cuarto destinado a Helen.

Sintió flojear su ánimo a la vista de la esbelta figura de la mujer y de aquel par de grandes ojos que lo miraban con asombro.

—Buenas noches, Helen —saludó, dando a su voz un tono de irónica indiferencia.

—¡Jack! —exclamó la muchacha—. ¡Tú... aquí!

La empujó adentro con suavidad, entornando a medias la puerta.

—Los «dos» aquí, Helen —subrayó.

—Desde luego —respondió ella con voz velada por la emoción—. Pero el último sitio del mundo donde se me hubiese ocurrido imaginar que pudieras estar en este instante, es la posada del «Aguila».

—No hace falta que lo jures, Helen. A mí me ocurre lo propio. Ha sido todo tan inesperado... No hace una hora que llegué con la esperanza de... Bueno; ¿qué importa eso ahora?

—¿Tenías la esperanza de encontrarme aquí? —inquirió ella, mirándole con marcada desconfianza.

—Todo lo contrario, Helen.

Sonrió al decir esto. De pronto la vio llevarse el dorso de la mano a la boca y mirar con ojos desorbitados algo que debía estar a espaldas suyas.

Una voz masculina, extrañamente ronca, le sopló al oído:

—Levanta las zarpas, hermano. Y procura no hacer ningún gesto sospechoso si no quieres masticar plomo.

Howard hizo lo que el otro le ordenaba, volviéndose a él con parsimonia. El individuo cubría la parte inferior de su rostro con un pañuelo, manteniendo el sombrero de amplias alas echado hacia delante, ocultando el color de sus ojos. La mano que empuñaba la

pistola oscilaba levemente de izquierda a derecha, cubriéndoles de una manera constante.

Jack le obsequió con una sonrisa despectiva, sin hacer demasiado caso de su amenazante actitud. Lo único que le preocupaba era la intriga en que veía nuevamente envuelta a la muchacha.

—¿Puedo saber qué significa todo esto? —inquirió con aplomo—. Porque le advierto que no llevo nada encima capaz de tentar la codicia de nadie.

—¡Gállate! —tronó el otro—. No te va bien esa falsa postura de ignorancia. Estás tan enterado como yo del asunto que me ha traído aquí. Pierdes el tiempo tratando de distraerme de ese modo. Es un truco demasiado conocido.

Howard no entendió nada de aquello. Así, optó por callarse y esperar los acontecimientos. Porque algo en la actitud de Helen le decía que no estaba dispuesta a plegarse a la voluntad del individuo.

De esa forma transcurrió más de media hora, hasta que oyeron el rugido del motor de un coche lanzado a gran velocidad contra la fuerza del gélido viento, el cual vino a detenerse junto a la entrada de la posada.

El chirrido de los frenos produjo un estremecimiento de Helen. También se dio cuenta que el enmascarado envaraba el cuerpo y sus músculos se tensaban como las cuerdas de un violín.

—Llegó el momento —siseó el hombre de la pistola—. El mínimo ruido o la menor palabra y os vació el cargador en el cuerpo.

Alguien empezó a ascender ruidosamente la escalera.

El enmascarado se corrió a un lado, dejando libre la puerta. Con un gesto les invitó a bajar los brazos y mantenerlos pegados al cuerpo.

De pronto Helen gritó con toda la fuerza de sus pulmones, con un acento dramático que impresionó a Jack.

—¡Huye, Holland! ¡Peligro!

La joven lanzóse en plancha al suelo, de forma que la cama quedara interpuesta entre ella y el amenazante cañón de la pistola.

El hombre maldijo sordamente al tiempo que disparaba el arma.

Los cristales del balcón se hicieron añicos al recibir los impactos, en un punto donde una fracción de segundo antes estuvo el cuerpo de Helen Ferris.

El error del desconocido estribó en avanzar hacia la cama en busca de la muchacha, desentendiéndose momentáneamente del agente del F.B.I.

Howard le aplicó un puntapié en la diestra, haciéndole soltar la pistola. Le clavó el puño izquierdo en el estómago y casi lo levantó en vilo de un soberbio gancho en la mandíbula cuando se encogió sobre sí a causa del dolor del primer golpe.

Recogió la caída arma y salió al pasillo sin hacer caso del otro, que se retorció en el suelo de dolor.

Al fondo del corredor divisó la temblorosa figura de mister Davidson, con el rostro blanco como un sudario.

Un agudo grito de Helen lo retuvo indeciso en el primer rellano de la escalera. Las armas empezaron a trepidar abajo, al tiempo que un coche arrancaba a toda marcha.

Prosiguió el descenso, volviendo a detenerse al oír detonar por dos veces a una pistola de pequeño calibre en la habitación de la joven; a las detonaciones sucedió el sordo ruido de un cuerpo al desplomarse, seguido de un fuerte portazo de los postigos del balcón.

Corrió arriba, temiendo por la seguridad de Helen.

La joven comenzaba a incorporarse cuando él penetró como una tromba en el cuarto. No vio ni rastro del enmascarado y Helen le indicó con la mirada las abiertas puertas del balcón.

Asomóse al exterior, distinguiendo la silueta del fugitivo huyendo en dirección a la cercana carretera a través de la pradera que rodeaba la posada, cojeando aparatosamente.

Los disparos habían cesado afuera.

Los faros pilotos del coche tripulado por Holland apenas eran dos puntitos en la lejanía. Otro coche emergió de la oscuridad, iniciando la persecución, el cual amainó la velocidad para recoger al herido fugitivo.

Howard no se movió hasta que el segundo coche húbose perdido en la distancia engullido por la densa niebla. Entonces cerró el balcón con parsimonia y quedó mirando a los ojos de la joven un buen rato antes de inquirir:

—¿Tenía otra pistola o fuiste tú quién disparó?

—Fui yo —tardó un poco en contestar—. Se incorporó y trató de hacer presa en mi cuello con sus horribles manazas. Apenas tuve tiempo de sacar la pistola del bolso.

Al decir esto señaló una pistolita caída sobre la alfombra junto a un bolso de charol.

—Es casi de juguete, pero resulta eficaz a corta distancia.

—Lo sé. Conozco esa clase de armas. Conservo dos señales de ellas en el cuerpo. Bien —agregó—. Lo heriste en una pierna, pero no lo suficiente para impedirle huir.

—No llegué a herirlo, Jack. Me dio un manotazo antes que consiguiera disparar. Luego me arrojó al suelo de un empujón y se lanzó por el balcón antes que yo pudiera reaccionar. Debí lastimarse una pierna al saltar. Hay una altura de cerca de cinco metros hasta el suelo.

—Desde luego. No cabe la menor duda que es un tío con suerte. Aunque quizá sea mejor que haya logrado escapar. Los sabuesos de Scotland Yard se las pintan solos para hacer «cantar» a la gente.

—¿Qué insinúas, Jack? —inquirió con voz temblona.

—Es posible que te resulte molesto lo que he dicho, pero lo cierto es que estás en mejor opción de dar explicaciones que de pedir las. Comprueba las consecuencias de esta cuestión, de la cual yo ignoro el ciento por cien. Un pájaro enmascarado que se cuela aquí pistola en mano; una verdadera batalla campal a tiro limpio y una carrera de coches capaz de dejar en mal lugar a las de Indianápolis. Un verdadero lío, cuya clave debe estar en tus manos. Por eso dije que es una suerte que ese elemento haya conseguido huir. ¿Sabes tú quién era y por qué dijo lo que dijo? ¿Y qué relación guarda contigo ese tal Holland, cuya vida salvaste provisionalmente?

—Por favor, Jack—le atajó en tono represivo—. Son preguntas que no puedo ni debo contestar... por ahora. Por otra parte, creo que son pocas las cosas que podemos echarnos en cara mutuamente.

Howard permaneció en silencio, reflexionando en las palabras de la joven. No le faltaba razón para decirle eso. No podía dejar de tener en cuenta que ella ignoraba su verdadera personalidad de agente del F.B.I. Y tampoco le convenía revelarlo... por ahora.

Helen Ferris había estado íntimamente ligada a la siniestra cuadrilla de Donald Kane. La conoció precisamente cuando él pasó a formar parte de la banda de Kane, en misión especial y arriesgadísima. Para él, Helen Ferris era una delincuente. Y no cabía duda que la joven seguía considerándolo un fuera de la Ley, tal y como le conoció en Chicago.

—Me hago cargo de tus sentimientos, Jack —dijo ella de pronto—. Pero me es imposible hacerte una exposición de los hechos que han motivado lo que has visto. Son varias las vidas que están en juego. Y la mía es una de ellas, Jack. Puede que no sea la última víctima de este diabólico asunto, si estoy predestinada a ello, ni tampoco la primera. Sólo una cosa puedo decirte. Que fui realmente sincera cuando te confesé mi amor, allá, en Chicago. Y te sigo queriendo como entonces. Pero algo más fuerte que mis propios sentimientos me obligó a alejarme de ti, quizá cuando más me necesitabas.

Su voz se quebró en un sollozo.

Howard la estrechó entre sus brazos. Pero apartóse bruscamente al llamar alguien a la puerta.

Era míster Davidson, que oscilaba sus piernas, aún no repuesto del susto recibido.

—¿No le ha ocurrido... nada malo, señorita? —preguntó con un hilo de voz.

—Tranquilícese, míster Davidson. Todo ha pasado ya.

—¿Sabe quiénes eran esos hombres? ¿Qué diablos buscaban aquí?

—No sé quiénes eran, pero sí lo que buscaban. Míster Holland traía una valiosa colección de joyas.

—¿Joyas?

—Exactamente. Los dos somos intermediarios en la compra de ellas. La misión de Holland era traerlas de Amsterdam aquí, y la mía llevarlas de Inglaterra a Estados Unidos y ponerlas en manos de sus dueños.

—En tal caso, creo que lo mejor será avisar al Yard y que les preste protección. Es posible que míster Holland haya sido alcanzado en el camino.

—No lo creo. De todos modos conviene esperar los acontecimientos. Holland sabe arreglárselas solo.

—Bien; ¿qué opina usted de esto? —dijo, volviéndose a Howard.

La muda súplica que vio en los ojos de Helen le indujo a seguirle la corriente.

—Creo que miss Ferris tiene razón. Si los atacantes han logrado echar el guante a míster Holland, que sea él quien ponga el hecho en conocimiento de la policía. Y si ha eludido la persecución... Bueno, el aviso ha sido como para volver precavido al más flemático de los hombres.

—De acuerdo. Pero conste que...

Cortó la frase al fijarse de pronto en el individuo que había aparecido en el zaguán, apoyándose en un bastón de ébano de dorada empuñadura. Un hombre alto, de grave continente, con los aladares ligeramente plateados por la nieve de los años.

Helen apresuróse a ir hacia él, tomándolo por un brazo.

—Mi hermano Edgar —presentó—. Me olvidé advertirle su llegada. Disponga otra habitación para él.

Howard, desconcertado pero consciente de que su presencia era un estorbo, despidióse de la pareja, dispuesto a poner en práctica el plan de acción que habíasele ocurrido de pronto, encaminado a aclarar el profundo misterio que rodeaba la presencia allí de Helen Ferris. Howard era un hombre práctico cien por cien y no le gustaba profundizar demasiado en teorías.

Abrió el balcón, procurando que la falleba no produjera el menor chirrido. Pasó a la parte exterior del barandado de hierro, no sin cerciorarse antes que el perteneciente a la habitación de la joven permanecía sumido en la oscuridad.

Dejóse caer hacia adelante, rígido el cuerpo, asiendo las manos en el barandado inmediato antes de soltar los pies de la cornisa del suyo. Izóse con elásticos movimientos, comprobando que Helen había echado los pestillos de las contraventanas.

El sonido de las voces era perfectamente audible a través de los huecos de los cristales destrozados por los balazos del enmascarado.

—Ha sido providencial la presencia aquí de Jack Howard —oyó decir al hombre—. No quiero ni pensar en lo que te hubiese ocurrido de no hallarse junto a ti cuando gritaste para advertir a Holland del peligro.

—Lo sé, Edgar. Pero hubiese procedido igual de todas formas. Fue un impulso irresistible.

—Es una pena que Howard sea lo que es. Me gustaría poder confiar en él. Vamos a necesitar mucho de hombres de su temple para poder llevar a buen puerto la frágil barquichuela en que vamos a embarcarnos.

—Howard era el hombre de confianza de Kane. Y ya conoces las actividades a que Kane se dedicaba. Atracos, estupefacientes y espionaje.

Transcurrió una pausa, que rompió el propio Edgar:

—Hemos hablado de todo menos de lo que realmente nos interesa. ¿Crees que Holland habrá logrado refugiarse en la clínica de Grant, conservando en su poder el «costurero»?

—Me inclino a suponer que sí.

—¿Simple corazonada?

—Algo más que eso. La distancia a Londres es corta y ellos perdieron un tiempo precioso al recoger al hombre que nos estuvo amenazando.

—Holland iba herido. Vi claramente cómo recibía un balazo en el hombro izquierdo, mientras apoyaba su huida disparando desde el

seto del otro lado de la carretera. Fue una buena idea permanecer allí de vigilancia mientras se llevaba a efecto la entrega del objeto.

—Lo mejor es llamar a la clínica por teléfono.

—Tienes razón. Espera un momento.

Edgar tardó casi media hora en estar de regreso. Por el tono con que empezó a hablar, Howard comprendió que las cosas habían rodado bastante bien para Holland a pesar de todo.

—Holland se encuentra a salvo en la clínica —dijo—. La herida no tiene mayor importancia. El «costurero» lo ha guardado Grant en la caja del despacho y Siles montará guardia en él toda la noche. Mañana, a poco que la suerte nos acompañe, pasará a poder nuestro.

Howard regresó a su habitación, comprendiendo que se había dicho todo cuanto pudiera encerrar un valor positivo para la solución del embrollo.

En la habitación permaneció el tiempo justo para enfundar la pistola en la funda sobaquera y proveerse de una potente linterna y un manojo de llaves maestras.

Capítulo 2

LA clínica del doctor Grant, enclavada en las afueras de la gran urbe, tenía un aspecto siniestro tras la cortina de niebla que la envolvía.

El edificio constaba de tres plantas, provisto de amplios ventanales, con una especie de parque en su parte inferior, oculto tras un alto muro de ladrillos. La clínica estaba dedicada a enfermedades mentales, y Howard pensó con ironía que no le sería difícil volverse enteramente loco de tener que permanecer unas semanas recluido en el interior del sombrío edificio.

Fue siguiendo el curso del muro, hasta alcanzar la parte posterior del mismo.

Para sus entrenados músculos fue un juego de niños encaramarse a lo alto de la tapia, valiéndose de los intersticios de los ladrillos para afianzar brazos y piernas.

El parque, cubierto de raquítica hierba, con unos cuantos árboles diseminados sin ton ni son y media docena de bancos adosados al suelo, aparecía desierto a su vista.

Dejóse caer al suelo, flexionando las piernas para amortiguar el golpe, y emprendió el camino hacia el edificio a paso de lobo.

Apenas llevaba recorridas una docena de yardas cuando percibió un rítmico golpeteo sobre el suelo, a su derecha que, se aproximaba con vertiginosa rapidez.

Intuyó, más que vio, la negra silueta de un dogo cortando la niebla en dirección a él. Sólo cuando iba a iniciar el salto para atacarle, dejó escapar el perro un sordo gruñido.

Howard con la serenidad que le caracterizaba en los momentos de peligro inminente, introdujo la diestra en el bolsillo de la

gabardina en busca del puñal de fina hoja, que siempre llevaba consigo, cubriendo su garganta con el antebrazo izquierdo.

El bulto negro dio un salto prodigioso en el aire y Howard sintió la caricia de sus colmillos en la carne, que desgarraban ropa y piel con asombrosa facilidad.

El animal lanzó un lastimero quejido cuando el acero penetró en sus carnes.

Jack accionó el brazo, proyectándole contra el tronco de un árbol. Y antes de que el fiel animal pudiera volver a la carga, arrojóse en plancha sobre él, hundiéndole el puñal en el pecho y en la garganta.

—Lo siento, amigo —musitó, limpiando la hoja en la hierba.

Uno de los amplios ventanales de la planta baja le brindó lo que anhelaba. Tras varios intentos infructuosos consiguió levantar la falleba que mantenía ambas hojas semicerradas.

Penetró en el interior del cuarto, donde permaneció largo rato inmóvil, habituando sus ojos a la oscuridad.

Un armario esmaltado en blanco, una camilla con ruedas y un moderno aparato de impresionar radiografías era todo lo que contenía la habitación.

Abrió la puerta con sigilo, comprobando que daba a un largo corredor alumbrado tenuemente por un farolito empotrado en el techo, que conducía a la puerta de entrada del edificio. A ambos lados del pasillo abríanse varias puertas de las que pendían letreros con letras doradas en relieve, indicando las distintas secciones a que estaban dedicadas.

Echó pasillo adelante, deteniéndose frente a la puerta cuyo letrero rezaba: «Doctor Grant. Privé».

El despacho particular del doctor. Allí, en la caja fuerte, debía encontrarse el «costurero», cuya posesión estuvo a punto de costar la vida a Holland y a la propia Helen.

Tensó los músculos al recordar de pronto que Siles, el ayudante del doctor, debía encontrarse en el interior montando guardia. Lo más extraño era que el despacho hallábase sumido en la mayor oscuridad.

Sobresaltóse ligeramente cuando alguien empezó a tararear una cancioncilla en tono quedo, muy cerca de allí. Desvió la mirada hacia la puerta de los lavabos, que aparecía entornada. Era allí donde se encontraba Siles.

No lo pensó dos veces. Alcanzó la entrada de los lavabos, colándose de un salto en el interior.

Siles, que permanecía abstraído en la tarea de lavarse las manos frente al espejo adosado a la pared, no tuvo tiempo de ver el rostro del intruso. Howard lo envió al mundo de los sueños de un culatazo, cogiéndole por los sobacos para evitar el ruido de su cuerpo al desplomarse. Luego procedió a atarlo y amordazarlo, empleando un par de toallas.

Tranquilo por ese lado se introdujo en el despacho, alumbrándose con el potente foco de bolsillo. Retiró el cuadro instalado inmediatamente detrás del sillón giratorio, dejando al descubierto la puerta de la caja empotrada en la pared.

Apenas había empezado a manipular en los resortes en busca de la combinación, cuando su sensitivo sentido del oído percibió un leve siseo en el pasillo, alertándole. Alguien se acercaba al despacho.

Colgó el cuadro y apagó el foco, ocultándose tras la amplia cortina de terciopelo rojo que separaba el despacho del consultorio particular del doctor.

Frunció el ceño al darse cuenta que el hombre que acababa de penetrar en el despacho se valía también de una linterna para su incursión.

Sonrió socarronamente cuando el hombre retiró a su vez el cuadro y empezó a manipular los resortes de la caja.

Sonó un chasquido, seguido de un suspiro de alivio.

Cuando Howard atisbo a través de las cortinas, el desconocido había dejado sobre la mesa un paquete rectangular, más bien pequeño, envuelto en papel celofán y atado con una cinta de color azul.

Dejó que volviera a cerrar la caja y pusiera todas las cosas en orden antes de salir a disputarle el botín. Pero ocurrió algo que le

hizo continuar inmóvil en espera de los acontecimientos. La puerta del despacho se estaba abriendo lentamente.

Distinguió una silueta con bata y gorro blancos y se formuló una pregunta que pronto habría de recibir respuesta. ¿Otro intruso o un auténtico enfermero al servicio del doctor Grant?

El recién llegado avanzó hasta el centro de la estancia sin que el otro se apercibiera de la irrupción. Le apuntó a la espalda el largo cañón de la pistola que empuñaba, conminándole en tono duro, no exento de sutil ironía:

—Vuélvete despacio, Lecreq y no intentes empuñar tu arma. Sería como si te suicidaras.

El otro obedeció con una exclamación de infinita sorpresa, que acabó en gemido desesperado.

—Maldito Lewis—masculló—. Tenías que ser tú el que viniera a interponerse entre el éxito y yo.

—Claro —respondió el llamado Lewis soltando una carcajada—. He tenido que ser yo precisamente el que ha descubierto, entre otras cosas, que el fiel enfermero René Lecreq, antiguo miembro del «maquis» está reclamado por la policía francesa. No sólo eso, sino que es un miembro activo de cierta organización internacional dedicada al tráfico ilegal de estupefacientes, drogas, espionaje y contrabando de divisas en gran escala. Te acechaba y al fin he logrado pillarte con las manos en la masa. Es eso lo que estás pensando. Pero te equivocas de medio a medio, Lecreq. Ignoraba hasta este instante que vosotros andabais también tras ese costurero. Porque yo estoy aquí para llevármelo. Nos ha guiado un mismo propósito, sirviendo cada cual sus propios intereses.

Lecreq dejó escapar a chorro el aire contenido en sus pulmones.

—Si es como dices, Lewis, podemos llegar a un acuerdo. Dice un refrán que más vale un tercio de algo que la mitad de nada.

—No hay acuerdo, Lecreq. Yo opino que vale más la mitad de algo que un tercio de lo mismo.

—Eres americano, Lewis —adujo el francés—. Un traidor a la patria, por lo tanto.

—No seas ingenuo, Lecreq. Soy un miembro activo del movimiento «Mundo Nuevo». Nosotros no conocemos fronteras. Y ahora vuélvete porque estamos perdiendo un tiempo precioso. Siles tenía la misión de custodiar esto y puede aparecer de un momento a otro. Tendré que atarte y amordazarte. Así no podrás molestarme. Incluso puedes pasar por víctima y continuar tu privilegiada posición en la clínica, espiando a Grant y sus satélites.

Howard sintió que le daba vueltas la cabeza. Aquel asunto tenía más complicaciones de las que supusiera en un principio. ¿Qué clase de organización era la de Lecreq y aquel misterioso movimiento del «Mundo Nuevo»? ¿Y qué clase de tesoro contenía el costurero para que tantos hombres se arriesgaran de esa forma por su posesión?

Esperó a que Lewis hubiera completado su obra. Cuando le vio guardar el preciado objeto en el bolso delantero de su bata de enfermero y encaminarse con paso sigiloso hacia la salida, saltó al centro de la habitación, hundiéndole el cañón de su «Luger» en las costillas.

—No dé un paso más —dijo en tono ominoso—. Y no vuelva la cabeza ni intente mover los brazos. No vacilaré en disparar.

El asombro había paralizado a Lewis.

Howard le rodeó la cintura con su brazo, apoderándose del costurero.

—Ahora gire lentamente a su derecha y camine hasta donde se encuentra Lecreq.

—Es amigo suyo, ¿no? —pudo pronunciar al fin con mal contenida ira.

—Eso no le importa nada. Obedezca y calle la boca.

Lewis giró, dio dos pasos delante seguro de que su misterioso interlocutor iba a mandarle poner en libertad a Lecreq, y de repente le pareció que su cabeza estallaba en mil fragmentos, que todo a su alrededor se poblaba de brillantes lucecitas que lo cegaban y que la habitación daba vueltas a velocidad vertiginosa. La última sensación que tuvo antes de sumirse en la inconsciencia fue la de que el suelo

ascendía raudo a su encuentro y le golpeaba la cara con inaudita violencia.

Howard retrocedió por el pasillo, buscando el cuarto de cuya ventana habíase servido para penetrar en la clínica.

Atravesó el patio sin contratiempos, saltando al exterior del muro con facilidad.

En un momento reapareció en la calle, cruzando frente a la fachada superior del edificio en su camino de retorno a la posada.

Las ideas se sucedían en su mente en un ir y venir que fatigaban su cerebro. ¿Qué papel correspondía a Helen Ferris en la alucinante aventura? ¿Y a Holland y al doctor Grant y a los infieles Lecreq y Lewis? ¿Trabajaba alguno de esos para los hombres que esperaban la llegada de Holland a la posada o eran tres fuerzas distintas en pugna por la posesión del costurero?

Apretó el paso, dejando la respuesta para más tarde.

Quizá le fuera dado contestar alguna de ellas después de conocer lo que contenía en su interior el disputado objeto.

Era visible en la lejanía la negra silueta de la casa cuando se apercibió de que alguien caminaba detrás suya.

Allí la niebla era poco densa y pudo distinguir la silueta encorvada de un hombre con un cigarrillo entre los labios, unas yardas más atrás.

Se paró, esperando a que el otro le alcanzara. El hombre le saludó quedamente, deteniéndose junto a él.

—Perdone —le dijo—. ¿Puede darme fuego?

Howard interpretó el acento del otro como el peculiar de los pueblos rurales de los alrededores de Londres y abandonó por un momento el estado de precaución que había adoptado.

Oprimió el muelle del encendedor, acercando la llamita a la punta del cigarrillo. Aspiró una bocanada con fruición, diciéndole de pronto:

—No se mueva. Tengo la pistola empuñada en el bolsillo y no vacilo nunca a la hora de apretar el gatillo.

Jack vio el bulto del cañón del arma en el bolso derecho del gabán, donde desaparecía la mano de su nuevo contrincante, y no dijo nada.

—No le hará daño alguno si se está quieto. Voy a registrarle. Le he visto saltar la tapia de la clínica del doctor Gran y quiero cerciorarme si mis sospechas resultan ciertas o no. Si lleva usted un objeto que me interesa grandemente poseer o sólo resulta un vulgar ladrón en busca de dinero, o quizá un sempiterno Romeo.

Howard se limitó a levantar los brazos, estirándolos arriba de un modo inverosímil. Y cuando el otro se arrimó y comenzó a cachearle con la siniestra, descendió el brazo diestro con sorprendente celeridad, propinándole un golpe fulminante en la nuca con el canto de la mano.

Cayó al suelo con sordo gruñido, quedando inmóvil, medio cuerpo salido de la cuneta.

Lo registró, examinando su documentación a la luz de la linterna.

Los papeles estaban a nombre de M. Dany Haniot, y el pasaporte era de tipo corriente, faltándole un par de meses para perder su validez.

Otro socio de René Lecreq, pensó. Sin duda estaba esperándole afuera para prestarle su ayuda y se encontró que era un desconocido el que saltaba el muro en lugar de su compañero. Debía ser de vital importancia para alguien el secreto que guardaba en sus entrañas aquel costurero.

Lo palpó casi con reverencia y prosiguió su camino impertérito, sin hacer demasiado caso del hombre que quedaba atrás sin conocimiento, tumbado entre la cuneta y la carretera.

Lo iba a pasar muy mal, a causa del frío, si alguien no lo recogía pronto, pero él mismo se había buscado el lío y no iba a ponerse en situación comprometida por un hombre en quien presentía un futuro adversario.

El canalón de desagüe del tejado le sirvió de magnífica escala para ascender a su habitación.

Una vez arriba apresuróse a quitar el envoltorio de celofán, examinando el objeto. Un costurero en forma de libro, ceñido por

una correíta. Pero la mayor sorpresa de la noche, pese a todo lo ocurrido, le estaba reservada para el final. Porque en el interior sólo contenía los objetos propios del mismo. Un par de carretes de hilo, unas tijeras, una cinta métrica y un tubito de plástico con agujas y alfileres.

¿Cuál era, pues, el secreto que encerraba el costurero en sus entrañas?

Capítulo 3

EDGAR Ferris corrió escaleras abajo cuando míster Davidson le anunció que alguien le requería con urgencia por teléfono.

Recogió el auricular descolgado, inquirendo el objeto de la llamada.

Una voz excitada respondió:

—Edgar: soy Grant. Ha ocurrido una auténtica catástrofe. Alguien ha robado esta noche el costurero.

Edgar permaneció atónito unos instantes, incapaz de pronunciar palabra alguna.

—Pero... —balbució—. ¿Y Siles?

—No se le puede culpar de nada. El ladrón ha dado pruebas de una audacia inaudita. Parece como si hubiese pasado un ciclón por la clínica. A «Plutón», el fiel dogo, lo ha dejado seco de tres puñaladas. A Siles lo puso fuera de combate de un culatazo mientras permanecía en el lavabo. A René Lecreq, que bajó a charlar un rato con Siles, lo hemos encontrado atado y amordazado. Y a Lewis, que acudió poco después con idéntico propósito, le hizo la misma operación que a Siles. Según se desprende de las declaraciones de René a Lewis. Es lo único que he podido sacar en limpio de todo esto.

—Es asombroso. Y desolador. Hemos fracasado como novatos, Grant.

—Es pronto para asegurarlo. Tengo una sospecha que me permite conservar íntegras las esperanzas.

—¿Has identificado a alguien?

—No es eso. Pero empiezo a creer que se trata de un auténtico ladrón, ajeno a los intereses que chocan por la posesión del objeto. De ser así, es posible que recibamos pronto una oferta a cambio de su devolución.

—¿Eso es todo por ahora, Grant?

—Holland llegará ahí de un momento a otro acompañado de Maxwell. Ya sabes cómo es. Me ha sido imposible retenerlo. Os espero a la hora del almuerzo. Es preciso que deliberemos juntos acerca del camino a seguir.

Howard oyó detenerse frente a la entrada el coche en que Holland y Maxwell acababan de llegar, sin conceder mayor importancia al detalle. En cambio, puso gran interés en escuchar todo lo que se decía allá abajo al ver que Edgar y Helen acudían al «hall» a recibir a los recién llegados.

—No debiste venir, Holland —oyó decir a la muchacha—. El caso es desesperado, lo comprendo, pero poco puede sacarse en limpio con lograr que empeore tu herida.

Se puso el abrigo y el sombrero y descendió la escalera cuando el grupo comenzaba a ascenderla. Quería ver de cerca las facciones de los dos hombres y aprovechó la coyuntura del viaje a Londres que tenía proyectado efectuar esa misma mañana.

El regordete Maxwell le fue vagamente familiar. Pero lo que más le impresionó fue la luz que ardía en las pupilas del demacrado Holland, que, con el brazo en cabestrillo y el pelo poblado y blanco como la nieve, ofrecía el aspecto de un director de orquesta o un concertista famoso que se ve obligado a suspender un concierto trascendental a causa de un fortuito accidente.

El autobús le dejó a dos manzanas de distancia de su destino.

Atravesó con paso medido varias callejuelas del Soho, hasta llegar a la tienda de tejidos de Jerry Nolan.

Este lo recibió en su despacho de la trastienda. Tomó asiento y se fue derecho al grano:

—Escucha, Jerry. Vengo a pedirte dos favores y dispuesto a retorcerte el pescuezo si te niegas a concedérmelos.

Jerry sonreía. Se habían criado juntos en un pueblecito de Dakota Meridional y sus travesuras aún eran recordadas por los más ancianos del lugar como algo extraordinario.

Nolan se enamoró de una muchachita inglesa durante la guerra, se casó y se instaló en Inglaterra. Pero la ausencia no había enfriado la amistad.

—Tú dirás.

—Necesito el «Austin» que tienes de reserva por un tiempo indefinido. Olvídate de él entretanto. Y olvídalo del todo si pego un porrazo y no hay forma de volver a echarlo a andar. El segundo favor es que guardes esto en tu caja de caudales y no reveles a nadie que lo tienes, aunque te sometan a las más horribles torturas —al decir esto sacó el costurero, dejándolo sobre la mesa—. Ni siquiera tu esposa debe saberlo, ¿comprendes? Y no me preguntes lo que es, porque no pienso decírtelo. Quizá me decida a contártelo cuando todo esté solucionado. ¿De acuerdo, Nolan?

—De acuerdo, Jack. Puedes contar con ambas cosas. Con el coche y con mi silencio. Pero quiero darte un buen consejo.

—Conozco tus consejos. Apuesto a que sé lo que vas a decirme. Que no me meta en líos semejantes y...

—Perdiste, mastuerzo. Me importa un comino que te metas en los líos que quieras. Pero procura que no ocurra eso que has insinuado del porrazo del «Austin», porque entonces seré yo quien te retorcerá el pescuezo.

—Eso será si el porrazo lo recibe sólo el coche. Y ahora te dejo, porque son muchas las cosas que tengo que hacer en poco tiempo. Mis saludos a Elma.

Entró en el restaurante «Americain», ocupando una mesa junto a la pista. El alumbrado fluorescente era copioso y contrastaba con la grisácea oscuridad del atardecer que se enseñoreaba de las calles de Londres, donde comenzaba a extenderse una ligera neblina, que espesaría progresivamente a medida que la noche fuera cayendo sobre la gran ciudad.

Paseó la mirada por el local mientras el obsequioso maître tomaba nota de las viandas y los vinos elegidos.

—Un momento —contuvo al maître—. Acabo de ver a unos amigos y ocuparé su mesa para cenar. La segunda de la izquierda, junto a la pista. Puede servirme allí. Y no olvide llevarnos dos botellas de champán. Celebraremos el encuentro.

Helen tuvo un fugaz destello de alegría cuando Jack les comunicó su deseo de cenar en compañía de los tres, pero enseguida volvió a extenderse por su hermoso rostro el velo de intensa preocupación que lo empañaba.

Maxwell parecía la imagen de la desolación. Sólo Holland conservaba idéntica expresión de imperturbabilidad que cuando lo viera por la mañana en la posada.

Apenas habían tocado las apetitosas viandas de sus respectivos platos y Jack dedujo fácilmente cuál sería su estado de ánimo después de la misteriosa desaparición del costurero. Pero no hizo esfuerzo alguno por devolverles una parte de la tranquilidad de que carecían, porque no juzgaba llegado aún el momento de tomar a su vez abiertamente cartas en el asunto.

Se preguntó si habrían recibido ya el anónimo que enviara aquella misma tarde por correo a nombre de míster John W. Grant, por medio del cual le ponía en antecedentes de la clase de sujetos que eran los enfermeros René Lecreq y Lewis.

Apenas probaron tampoco el champán con que les obsequió.

Era latente el pesimismo que sobrecogía a los componentes del grupo.

Invitó a la joven a bailar y empezó a hablarle tan pronto dieron los primeros pasos por la pista, enlazados.

—¿Cómo no está Edgar con vosotros? —preguntó, buscando el medio de que fuera ella quien comenzara a pisar el terreno que le interesaba.

—Ha tenido que partir inmediatamente para Alemania. Imperativo del negocio.

—Supongo que sus negocios en Alemania no serán tan peligrosos como los del joyero de aquí—subrayó, no sin cierta ironía.

—¡Qué sabes tú de eso, Jack!

—Más de lo que te figuras. Por ejemplo: que las joyas, o lo que sea, le han sido robadas por fin a míster Holland, sin que sirviera de nada el grito de aviso que tan caro pudo costarte en la posada.

—¿Y quién te ha dicho a ti...?

—Pura deducción, Helen. Tengo mi buena parte de psicólogo. Y lo he adivinado a la primera ojeada. ¡Tenéis una expresión tan sombría los tres! Tú y míster Holland, y más aún Maxwell.

—¿También por deducción has descubierto que ése es míster Holland y que mi otro acompañante se llama Maxwell?

Había una nota de prevención en la voz de Helen al decir esto.

Howard no se inmutó.

—En «nuestra» profesión —subrayó—, debemos permanecer siempre con los sentidos bien alerta si queremos subsistir. Te oí pronunciar sus nombres esta mañana cuando llegaron a la posada y me hice el encontradizo para estudiar sus fisonomías.

—Kane sabía lo que se hacía cuando te otorgó su confianza. Y lo peor es que llevas razón. Me refiero al robo de las joyas.

—¿De las joyas, Helen?

—De lo que sea. Recuerda lo que te dije anoche. No depende de mí el descorrerte el velo del misterio. Y te aseguro que lo haría muy a gusto si supiera que tú, en el fondo... Bueno; conozco tus aptitudes y sería la tuya una valiosa ayuda para nosotros. Pero no me atrevo..., pese a todo.

—¿Por qué no te atreves, Helen? Sería un secreto entre dos. No es imprescindible que nuestro pacto sea conocido de momento por míster Grant y...

Sintió la conmoción que sus palabras produjeron en la joven. Había dado un patinazo.

—¿Qué sabes tú de míster Grant?

—Mi mercancía también tiene un precio. Secreto por secreto. Y si el asunto merece la pena, es posible que me decida a reclamar mi parte en el botín.

—Al fin empiezo a entenderte. Cuando te conocí, en la banda de Kane, me pareciste un hombre totalmente distinto a cómo eran los

restantes pandilleros de Donald. Incluso más inteligente que el propio Kane. Había momentos en los que me decía que tú carecías de los instintos depravados que caracterizaban a los «gángsters» habituales; que en el fondo eras un caballero que elegías ese modo de vivir sólo en busca de emociones fuertes... ahora veo que me equivoqué. Eras idéntico a ellos. Ambicioso y ruin.

—Gracias por el piropo. Pero ten esto bien presente. Si te decides a revelarme el secreto que tan celosamente guardas, es muy posible que pueda poner en tus manos el objeto robado en el plazo de unas horas. No te pares ahora ni pongas esa cara de sorpresa —agregó—. Holland parece poseer el don de leer el pensamiento y prefiero que esto continúe siendo un secreto entre los dos.

* * *

Helen cerró la puerta de la habitación y alzó la mano en busca del conmutador de la luz.

Antes que pudiera alcanzarla una mano callosa se cerró en torno a su boca, mientras era sujeta con fuerza por los brazos.

—Da la luz, Peter —musitó una voz cerca de ella.

El aludido hizo girar la llave y Helen pudo ver los rostros de los cuatro hombres que habían penetrado durante su ausencia en su habitación de la posada, acechando su llegada.

Oyó a Howard trajinar en el cuarto contiguo, más esta vez no se atrevió a hacer nada porque el joven Holland, que iba a ocupar esa noche la habitación de Edgar, tuviera conocimiento del peligro que estaba corriendo. Era demasiado clara la amenaza que leía en los ojos del hombre que apoyaba el cañón de su pistola contra su estómago.

La amordazaron y maniataron a conciencia. A continuación procedieron a descolgarla por el balcón al suelo con ayuda de una cuerda que anudaron bajo sus sobacos.

Fueron descendiendo todos, adoptando infinitas precauciones para no despertar la alarma en los restantes huéspedes de la posada, quedando Peter en último lugar.

Acababa de arrojar a sus compañeros la cuerda de que habíanse servido para efectuar el descenso, cuando sonaron unos golpecitos en la puerta.

—¡Helen! —llamó quedamente Holland desde el pasillo.

El sujeto hizo una seña a los de abajo, indicándoles que se alejaran con su prisionera, y fue a situarse junto a la puerta, pegado a la pared. Sacó un puñal y una porra de goma al tiempo que Holland volvía a pronunciar el nombre de la muchacha, esta vez con algo de alarma.

—Estaba desvistiéndome. Ahora puedes pasar.

La imitación de la voz de Helen fue perfecta.

Holland empujó la puerta sin recelar nada.

Sintió un intenso escalofrío cuando la acerada hoja atravesó su pecho, cortando carne y músculos, y el mundo se hundió bajo sus pies al recibir el impacto de la porra en su cabeza.

* * *

Al volver en sí, la primera sensación fueron unas violentas náuseas y un cansancio infinito. La sangre empapaba sus ropas y formaba charco bajo su cuerpo y sintió en su boca el incitante sabor del rojo líquido.

Tuvo conciencia de la muerte, que le acechaba ya de cerca y empezó a arrastrarse mediante sobrehumano esfuerzo, hasta lograr situarse junto al tabique que le separaba de Jack Howard.

Se mordió los labios para abortar los quejidos que el dolor arrancaba a su garganta y tuvo un segundo de depresión a la vista del sangriento reguero que dejaba tras de sí.

Golpeó con el puño la delgada pared una y otra vez, recibiendo con un suspiro la respuesta del joven.

Jack, en pijama y calzando unas sencillas zapatillas de paño, presentóse rápidamente en la habitación con la alarma reflejada en sus facciones.

Lanzó una exclamación de sorpresa a la vista del siniestro cuadro que se ofrecía a sus ojos, arrodillándose junto al herido e incorporándole la cabeza la apoyó en una de sus piernas.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? —balbució aún no repuesto de la sorpresa—. ¿Y Helen? ¿Dónde está Helen?

—Se la han llevado.

—¿Que se la han llevado? ¿Quiere usted decir que la han raptado?

—Exacto.

—Bien; lo primero es lo primero. Aguante un poco, amigo, mientras telefono en busca de una ambulancia. Necesita un médico con urgencia. Avisaré al doctor Grant.

—No lo haga —le retuvo cogiéndole una mano—. Yo ya estoy listo y podría ser demasiado tarde cuando volviera de avisar a nadie. Escúcheme y procure cumplir fielmente lo que voy a decirle. Hágalo como americano que es y prometido de miss Ferris. Póngase al habla con el doctor Grant; me parece que ya le conoce usted, y dígame que a Helen la han hecho prisionera los secuaces de míster Holloday. Que la busque en el «Spot Club» y la saque de allí aunque tenga que arrasarlo a sangre y fuego. Que actúe con la máxima rapidez, porque se corre el peligro de que la lleven lejos de Inglaterra si se demora la acción del rescate. Usted puede ayudarles. Dígame que yo se lo he dicho así.

—Una pregunta, Holland. ¿Cómo consiguieron llevársela sin ruido y cómo vino usted a parar aquí?

—Estaban ya dentro cuando nosotros llegamos a la posada. Tuve una sospecha intuitiva de lo que pasaba y quise cerciorarme de si resultaría fallida o no. Llamé y alguien me invitó a entrar imitando la voz de Helen. Me agredió sin darme tiempo a nada, ni aun a gritar para que usted se enterara.

—Dígame, Holland. ¿Qué misterio se encierra tras este asunto?

—Míster Holloday... jefe del movimiento «Mundo Nuevo» en Inglaterra. Helen le contará mejor todo. Yo... no... puedo. El doctor... Grant...

La voz se fue debilitando en la garganta del herido, hasta acabar convirtiéndose en estertor agónico.

Lo reclinó con piadosa suavidad al comprender que era ya cadáver.

Vistióse apresuradamente, alejándose de la posada en dirección a Londres a toda velocidad del «Austin» de Jerry Nolan, sin preocuparse del estado en que pudiera encontrarse míster Davidson. Y tampoco quiso poner al doctor Grant al corriente de los hechos. Habíase forjado de pronto la firme determinación de ser él solo quien rescatara a Helen de las garras de los hombres que la retenían prisionera. Estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo y no cabía en su mente la idea de un posible fracaso. Y no cejaría hasta ponerla a salvo de las siniestras sombras que la amenazaban. A ella y al costurero.

Aparcó el coche en un solitario callejón sin salida, haciendo a pie el resto del camino.

Cruzó frente a la fachada del amplio local donde la Sociedad Deportiva hallábase instalada, dándose cuenta que tenía acceso por tres calles distintas.

Atravesó frente a la entrada de los gimnasios y dobló la esquina para estudiar la fachada lateral del edificio.

Grandes ventanales se abrían a todo lo largo de la pared y pudo ver fugazmente varias animadas partidas de billar.

La fachada posterior daba a un estrecho callejón, enfrente de una serie de destartalados pabellones habilitados para almacenes de una empresa colonial maderera.

La única puerta que había por esa parte estaba cerrada y por las entornadas ventanas escapaba al exterior el característico olor de las cocinas.

Llamó su atención un tragaluz enrejado verticalmente a ras del suelo y se agachó intentando sondear las tinieblas del interior. El olfato le reveló que aquello era una bodega.

Hizo presión contra los barrotes, sólo para comprobar que sería punto menos que imposible conseguir abrirse paso por ese lado.

Se arrodilló, oprimió la cara entre barrote y barrote y pronunció el nombre de la joven en voz alta.

—¡Jack! ¿Eres tú, Jack?

La voz parecía provenir del interior de una profunda fosa.

Juzgó que debía ser considerable la distancia del suelo de la bodega al pavimento de la calle donde él se encontraba.

—Sí, soy yo. He venido a sacarte de aquí, Helen. Ten un poco de paciencia y todo se arreglará. No me contestes ya. Voy a entrar en acción ahora mismo.

Se irguió, sonriendo satisfecho. Su intuición no le había fallado aquella vez y lo consideraba un buen augurio para comenzar.

Pero su fino instinto le falló de pronto.

Fue una desagradable sorpresa el duro contacto del arma en su espalda cuando apenas había tenido tiempo de incorporarse.

—No se mueva. Esta vez no podrá intentar ninguna de sus jugarretas.

Reconoció la voz del individuo que les amenazara en el cuarto de Helen la noche de su llegada a la posada.

No dijo nada y dejó que el otro se apoderara de su pistola.

Lo obligó a entrar en el edificio por la misma puerta que él pensara hacerlo, aunque en condiciones bien distintas, conduciéndole por un angosto corredor hasta un despacho discretamente amueblado.

Pulsó el timbre instalado sobre el tablero de la mesa, apareciendo en respuesta a su llamada un rostro de pronunciados rasgos orientales, que posó sus oblicuos ojos en ambos hombres.

—Avisa a míster Holloday que venga inmediatamente.

Howard clavó su mirada en la enhiesta figura de míster Holloday, que llegó acompañado de otro sujeto de achulados gestos.

Le impresionó el imperturbable rostro de míster Holloday. Representaba unos cuarenta años de edad, más por las hebras de plata que poblaban sus aladares que por los impenetrables rasgos

de su faz: nariz aguileña, pómulos ligeramente salientes, mentón puntiagudo y labios sensuales, y crueles al mismo tiempo.

Ocupó el asiento que se le ofrecía, mirando irónico a los dos hombres que se situaron a ambos lados pistola en mano.

—Este es el hombre que acompañaba a la muchacha americana anoche en la posada del «Aguila». Lo he sorprendido intentando entablar conversación con ella a través de los barrotes del respiradero. Lo reconocí tan pronto hizo su entrada en el callejón. No obstante, me pareció conveniente vigilarle un poco antes de cazarlo. Opino que ha venido solo.

Míster Holloday elogió con una simple mirada el comportamiento de su hombre.

—De forma que usted es Jack Howard, antiguo miembro del «gang» de Donald Kane.

Jack comprendió que se hallaba ante uno de esos raros hombres que convencen a las multitudes con la palabra.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Yo sé muchas cosas, joven. Mi fuente de información es amplia. Puedo asegurarle que abarca a los cinco continentes. Y siento un especial interés por cuantas personas vienen a la isla procedentes de los Estados Unidos. De momento, sus compatriotas son el mayor obstáculo para la creación de nuestro «Mundo Nuevo». Por otra parte, es usted un personaje popular en Chicago. ¿Cómo consiguió zafarse de la «bofia» cuando la banda fue aniquilada? Es la única parte de su historial que desconozco.

—Lo cual es una suerte para mí —ironizó el joven.

—Usted ama a miss Ferris—prosiguió—. La amaba ya antes de su viaje a Inglaterra. Ignoro las causas que le condujeron a la posada del «Aguila», pero me inclino a creer que ello fue fruto de la casualidad.

—¿Sabe también quién me indicó que en el «Spot Club» podría encontrar a miss Ferris?

—Esa es la parte más fácil de deducir. Halland antes de morir, suponiendo que haya muerto.

—Sí, en efecto, me lo dijo antes de morir, porque la herida que uno de sus secuaces le infirió traidoramente resultó mortal. Un crimen sin provecho, míster Holloday.

—Esa es su opinión. Pero la mía es otra bien distinta. ¿Sabe lo que pienso hacer con ustedes dos?

—No hace falta ser muy listo para saberlo. A miss Ferris la someterán a interminables interrogatorios para que confiese lo que en realidad ignora. Y a mí me sepultarán en el Támesis con una gruesa piedra atada a los pies. Es lo habitual en personas de su calaña.

—Tiene usted una penetración extraordinaria.

Howard acogió con marcada sangre fría aquel comentario, que era la confirmación de su propia sentencia de muerte.

—Cometerá usted un grave error, míster Holloday. Con mi muerte habrá cerrado el único camino que puede conducirle a la meta deseada. Sabe usted mucho, pero le falta más que otro tanto para llegar a saberlo todo. Por ejemplo: ignora en absoluto dónde se halla actualmente el costurero.

Sonrió al ver cómo se inmutaba su antagonista.

—Luego usted...

—Exacto. Soy el poseedor del costurero. El único que sabe dónde se encuentra. Oí casualmente el lugar donde Holland lo había guardado después de escapar del acecho de sus hombres, y me apoderé de él sin contar con nadie más que conmigo mismo. Miss Ferris desconoce este detalle y nada podrá sacar de ello por lo tanto. Y esto me pone en inmejorables condiciones para poder hacerle una proposición.

—¿Cree verdaderamente que está en condiciones de formular una propuesta?

—¿Acaso no opina usted lo mismo?

—No, desde luego. Eso sólo le salva de morir... por ahora. Lo trasladaremos junto a la muchacha. Y ya tendremos tiempo de hablar más despacio.

Howard hizo caso omiso de las últimas palabras del «míster».

—El costurero a cambio de la libertad de miss Ferris y la mía.

—Lo tendremos de todas formas, sin necesidad de libertarles. La muchacha nos interesa por algo más que por ese objeto. Conoce otras muchas cosas, que habrá de decirnos de grado o por la fuerza. El negocio es el negocio. En cuanto a usted... Bien; será mejor esperar los acontecimientos. El tiempo será testigo de que, tarde o temprano, sabremos por boca suya dónde recoger el costurero con su precioso contenido.

—Vuelve a equivocarse el camino, mister Holloday. Olvida usted mi profesión. La soberbia le ciega y ése es un grave defecto. El costurero lo tiene alguien que, si pasados dos días no aparezo a recogerlo, lo entregará a la policía con una carta mía en la que declaro que se me busque en el «Sport Club» en caso de «extravío».

—Gracias por el aviso, Howard. Apresuraremos las diligencias para obligarle a revelarnos lo que nos interesa saber.

Se puso en pie y ordenó a sus hombres:

—Esposarle las manos a la espalda y conducirlo abajo junto a la muchacha. Redoblar la vigilancia en el callejón y no dejéis acercarse a nadie. Adelantaremos la hora de cierre del club. Mister Howard y yo tenemos mucho que hablar y será mejor que empecemos cuanto antes.

El joven se limitó a sonreír despectivamente antes de decirle:

—Está bien; usted gana por ahora. Pero no olvide que quien ríe el último ríe más fuerte, y a mí me quedan muchas carcajadas que soltar en este asunto.

Capítulo 4

EL inspector Dene de Scotland Yard, esperó a que los hombres de la Morgue hubiesen partido con la camilla en que transportaban el cuerpo de Holland, antes de entablar conversación con el perito de dactiloscopia, que guardaba el fruto de su trabajo en una cartera de cuero.

—¿Algo de particular?

—Psch. Sí y no. He recogido huellas en abundancia, pero no creo que ninguna de ellas pueda arrojar la menor luz a la solución del misterio. Cinco o seis de distintas características. Y ninguna la del asesino, con toda seguridad. No existe hoy uno solo que se descuide al cometer un crimen sin llevar puestos unos hermosos guantes. Y éste ha sido tan precavido que ni siquiera nos ha dejado el arma homicida. Bien; dentro de un par de horas podrá disponer de una descripción detallada de las que se han encontrado.

—Está bien, muchacho. Tan pronto como tenga listo ese informe me lo remite a mi despacho. No es conveniente apartarse de la rutina. Las pistas más inesperadas surgen siempre de las cosas que más sencillas parecen. Todo crimen lleva consigo un error; el mismo crimen en sí ya lo es, y a nosotros compite encontrar ese yerro del criminal.

Volvióse al forense, que ya se disponía a partir terminada su preliminar participación en el caso, para decirle:

—¿Decía usted que la muerte de ese hombre data de unas horas atrás?

—Exactamente. Son las cinco de la madrugada —consultó su reloj pulsera—. Por consiguiente, estimo que el fallecimiento le sobrevino entre la una y media y las dos. No necesito decirle nada

en cuanto a las causas de la muerte. Lo único, que la herida interesa al pulmón izquierdo y es de las que nosotros denominamos mortal de necesidad. Aunque, a juzgar por lo que he visto, el hombre tenía una naturaleza de acero. Recibió la herida junto a la puerta, a la par que le propinaban un fuerte golpe en la cabeza entre el parietal izquierdo y el temporal. Debió permanecer un buen rato sin conocimiento y luego se arrastró hasta la pared y golpeó con los nudillos en el tabique. Ya habrá observado el reguero de sangre que fue dejando tras de sí, como las huellas, también sangrientas, de las falanges en el punto de la pared donde propinó los golpes.

—No se me han pasado por alto esos detalles. ¿A qué hora aproximadamente podré disponer del informe de la autopsia?

—Hacia las once. Quizá un poco más tarde, pero confío en tenerlo preparado para esa hora.

El inspector mascó pensativo el puro que retenía entre los dientes, mientras paseaba de un lado al otro de la habitación con las manos enlazadas a la espalda. Se volvió el sargento Curtis, que permanecía junto a la cama en actitud respetuosa y le mandó ir en busca de míster Davidson.

Dene observó al hombre que tenía frente a sí, pálido y nervioso, que miraba la enorme mancha de sangre del piso como el infeliz pajarillo los hipnóticos ojos de la serpiente, y no pudo evitar que una sonrisa irónica distendiera sus labios.

—¿Cuántos días hace que míster Holland era huésped de la posada? —inquirió—. De esta habitación, más concretamente.

—Hoy era su primer día de huésped en la posada, señor. Pero esta habitación no era la suya. Esta pertenece a miss Helen Ferris. La del... muerto es la número 8, al otro lado del pasillo.

—¿Hay algún huésped en ese cuarto de al lado? —señaló la pared con las huellas de los dedos ensangrentados de Holland.

—Sí, señor. Un norteamericano. Parece que había estado aquí durante la guerra y se le ocurrió volver por eso. Entonces la posada tenía otro dueño.

—¿Algo importante que decir? —preguntó al verle vacilar.

—Pues sí, creo que, en efecto, es importante.

El inspector Dene movió la cabeza meditabundo después de oír de boca de Davidson un sucinto relato de los hechos acaecidos el día anterior en la posada, a raíz de la llegada a ella de la joven.

Cortó el hilo de sus pensamientos la presencia del enhiesto policía de uniforme en el zaguán.

—Alguien pregunta por usted, señor. Dice que es urgente e importantísimo.

Mandó retirarse a los dos hombres. Y sus ojos adquirieron un extraño brillo opaco a la vista del individuo de rostro enigmático parado frente a él.

—Buenos días, inspector Dene. Le veo muy atareado. ¿Encontró ya esa recóndita pista, que es la pesadilla de todos los policías del mundo?

—Todavía no. Pero la encontraré.

—No lo dudo. Conozco su historial, inspector. Desde sus primeros pasos hasta hoy, pasando por la época en que fue oficial de prisioneros en Australia.

Dene había palidecido intensamente.

—¿Qué diablos quieres ahora de mí, Tarrant? Aquella etapa de mi vida quedó atrás, sepultada por el paso de los años.

—Desde luego. Pero si alguien levantara esa losa que oculta una buena parte de tu pasado, quedaría al descubierto algo que... Bueno; comprende lo que quiero decirte, Dene.

—Tú tampoco ibas a salir muy bien librado, Tarrant.

—He de reconocer que llevas razón en eso. Pero yo no tengo nada que perder. Tú, en cambio, tienes un prestigio que te gustará conservar.

El inspector pareció meditar las palabras del otro.

—Será mejor que pongas las cartas sobre el tapete, Tarrant—dijo al fin—. ¿Cuál es tu juego?

—Hay algo por medio que puede valernos una verdadera fortuna a cada uno. Bien trabajado el asunto, por supuesto. Tú puedes ayudarme a sacarlo adelante desde la privilegiada posición que ocupas. La investigación del crimen servirá de disculpa para que

nadie sospeche tu participación extraoficial en el asunto. Si fracasamos, te prometo solemnemente que nadie sabrá por boca mía lo que ocurrió en Australia hace quince años. Concretando: ¿has registrado la habitación?

—Sí, pero alguien se nos había adelantado.

—¿No has encontrado algo que parece un libro, envuelto en papel de celofán, y que es en realidad un costurero?

—Desde luego que no.

Seguidamente le relató lo que Davidson le había contado. Al acabar, Tarrant movió la cabeza para dar a comprender que se hacía cargo de la situación.

—No hay tales joyas, inspector. Fue un cuento que le endosaron al posadero. No es mala idea efectuar un minucioso registro en las habitaciones de ese Howard y en la del asesinado. Y caso de que aparezca el objeto de que te he hablado, guárdalo personalmente hasta que vuelva a ponerme en contacto contigo. Tu vida no valdría un comino todo el tiempo que el costurero se halle bajo tu custodia. Él es el auténtico móvil del crimen que se ha perpetrado aquí, y es la segunda muerte que origina en el transcurso de una semana. Creo que eso es todo por ahora. Hasta pronto, inspector Dene,

* * *

Tarrant entró en el gimnasio del «Spot Club», encaminando sus pasos hacia uno de los rings de entrenamiento, donde dos jóvenes evolucionaban sobre la lona, cambiando golpes con relativa suavidad.

El «manager» profesional a cargo de la Sociedad Deportiva; un hombretón alto y fornido, con la nariz retorcida de extraña forma, casi calvo y totalmente blanco el escaso cabello que conservaba sobre las sienes, estrechó la mano que el otro le tendía, sin dejar de observar de soslayo las evoluciones de sus pupilos en el cuadrilátero.

—¿Cómo van esos golpes, viejo zorro? —saludó, añadiendo en voz baja—: Necesito hablar a solas contigo. Urgente y confidencial.

Joe Goldwin soltó una carcajada como si acabara de oír algo gracioso y dio unas palmadas de aviso para que suspendieran el entrenamiento.

—Basta por hoy, muchachos —les despidió—. A ducharse y a casita.

Pasaron al bar, ocupando una mesa aislada en un rincón.

El entrenador era un viejo delincuente adscrito a la organización internacional que dirigía Tarrant, que había conseguido introducirse en el club en calidad de espía, ya que Tarrant, conocedor de las ocupaciones subrepticias de míster Holloday en pro del movimiento «Mundo Nuevo», pensaba sacar partido de ello.

Tarrant se fue derecho al grano.

—Prepárate a tomar parte activa en el asunto del costurero, Joe —le dijo—. Graba bien en tu memoria todo lo que voy a decirte. Anoche fue asesinado Holland. Al mismo tiempo raptaron a Helen Ferris y parece que a un tal Jack Howard, antiguo miembro del «gang» de Donald Kane, en Chicago. No cabe la menor duda que han sido los hombres de Holloday los que han llevado a cabo la hazaña. Lo más lógico es que los hayan traído al «Spot Club». Eso es lo que tienes que averiguar, procurando no meterte en demasiadas honduras. Si logras algo positivo, me envías una nota al sitio de costumbre. Si nos apoderamos de la pareja, tendremos andado más de la mitad del camino. Empiezo a creer que el acento americano del hombre que arrebató el costurero a Lecreq cuando se había apoderado de él en la clínica de Grant, bien pudiera pertenecer al antiguo «gángster».

Capítulo 5

EL individuo abrió la puerta de la bodega, haciendo una seña al esposado Howard para que pasara.

El agente del F.B.I., dio dos pasos hacia las negruras que se extendían más allá.

El empujón le cogió desprevenido y rodó escaleras abajo, hasta el frío suelo del subterráneo.

Sufrió una fuerte luxación en el codo izquierdo, privándole casi del uso de los sentidos el fuerte choque de la frente contra la esquina de uno de los empinados escalones.

El pandillero de Holloday rió con fuerza al escupirle desde arriba:
—Esto por los puñetazos de la posada.

Quedó tendido, sin fuerzas para moverse, mientras sentía manar la sangre por la herida de la cabeza.

Notó de pronto el roce de unas manos acariciarle suavemente y la voz de Helen llegó a sus oídos con acento pletórico de sentimiento:

—Jack; mi pobre Jack. Yo soy la única culpable de que te encuentres en esta lamentable situación.

Le ayudó a incorporarse a medias. Luego se sentó en el último peldaño de la escalera y apoyó la cabeza del agente en su regazo, mientras le limpiaba la sangre con un pañuelo.

—La culpa es enteramente mía, Helen. No te preocupes por eso. Vine a meter la cabeza en la boca del león. Debí proceder de otra manera más sensata y no confiarlo todo a mi propia iniciativa. Imagínate que pretendía entrar en el club por la puerta de la dependencia y sacarte de aquí sana y salva. Y el enemigo es de

cuidado. De verdadero cuidado. Bueno; ni tan siquiera me dieron tiempo a llegar a la puerta. Espiaban mis pasos desde que aparecí en el callejón de atrás. Estarían apostados en esos almacenes de madera que hay ahí, porque no vi a nadie que me hiciera recelar lo que iba a ocurrir.

—No hacen las cosas a medias, Jack. El almacén es tan suyo como el club. ¿Crees sino que iban a tenernos en un sitio como éste, donde podríamos gritar y llamar la atención de las personas que transitaran por la calle?

—Debí suponerlo. He procedido como un colegial que juega a policías y ladrones y no como corresponde a un... —detúvose a tiempo, añadiendo—: Quizás sea mejor así después de todo. Lo primero que me interesa era llegar hasta ti y eso ya lo he conseguido. Ahora falta la parte más difícil. Pero no te preocupes demasiado, Helen. Son muy poca cosa un puñado de rateros de segunda mano para interponerse en mi camino y vencerme —y al oírla sollozar quedamente—: ¿A qué viene eso ahora, muchacha? ¿Acaso dudas de lo que estoy diciendo?

—Es que te muestras así... tan decidido, tan optimista... ¿No comprendes, Jack, que nos hallamos los dos en la situación más crítica que hayamos podido atravesar jamás? Quizás para estas horas nuestra muerte ha sido ya decretada. En tal caso, nuestras vidas tienen tanto valor como el que pueda tener un centavo falso. Somos un estorbo y esa gente tiene por norma eliminar los estorbos de la manera más rápida y contundente.

Howard miró a la joven en silencio antes de decirle:

—Oprime el clavo del centro del tacón de mi zapato derecho y córralo a un lado. Saca del hueco el manojito de llaves que hay y prueba a abrir las esposas con una de ellas. El resto déjalo de mi cuenta.

Helen cumplió los deseos del joven.

Soltó un suspiro de alivio cuando los resortes de las esposas cedieron con un chasquido y le ayudó a frotarse los entumecidos miembros para restablecer la circulación de la sangre.

Fue a sentarse en una caja colocada en el suelo junto a un tonel, invitando a Helen a hacer lo propio. Tomó una botella de otra caja inmediata a la que les servía de asiento y la levantó en alto, intentando ver la etiqueta a la tenue claridad que se filtraba a través del enrejado.

—Es coñac Napoleón —dijo ella sonriendo, totalmente tranquilizada.

—No se privan de nada estos pajarracos, ¿eh? —bromeó—. Bien; le ha llegado su Waterloo.

Estrelló la botella contra el muro y atrajo a la muchacha contra sí, pasándole el brazo por los hombros. Ella se acurrucó contra su pecho, buscando la protección que tanto necesitaba tras la pasada depresión nerviosa.

—¿Sabes, Helen? He estado mucho tiempo esperando este momento —empezó a decir con voz acariciadora, consciente de la confianza que ella depositaba íntegramente en su potencia física y en su inteligencia—. Después de tu súbita desaparición, siempre soñaba con encontrarte de nuevo, con volver a tenerte junto a mí, con mirarme en tus ojos y estrecharte entre mis brazos. Claro que nunca llegué a suponer que nuestro encuentro tuviera lugar en un ambiente tan misterioso y tan lleno de peligros en que se ha producido, y precisamente en el lugar elegido por mí para intentar olvidar tu personita. Pero ahora me siento enteramente feliz, aunque sea la incertidumbre la principal característica del retorno. No sé lo que nos tendrá deparado el Destino, pero quiero confesarte toda mi participación en este asunto. Antes de nada, dime; ¿sabes que Holland ha sido asesinado en tu habitación del «Aguila»?

—¡Asesinado! —la exclamación brotó con acentos no exento de incredulidad—. ¿Y en mi habitación?

—Sí, Helen. Uno de los secuaces de Holloday lo despachó de una puñalada. Pero no murió en el acto. Tuvo tiempo de llamarme, golpeando la pared, y decirme que te habrían traído aquí. Me encomendó notificarlo al doctor Grant. No le hice caso, quise solucionarlo por mí mismo y... Bueno, ya ves el resultado.

—Pobre Holland —musitó, sin darse apenas cuenta de las últimas palabras del agente—. Era uno de los mejores hombres que he conocido. Leal, valiente, caballeroso... ¡Oh! Jack. Este es el asunto más horrible y más siniestro que haya podido concebirse. Y parecía todo tan sencillo al principio... Primero Curtis, el alegre y temerario Curtis. Ahora Holland, asesinado de manera miserable... y nosotros...

Howard la oprimió más contra sí al ver que estaba a punto de estallar en sollozos.

—Helen —habló pasado un rato—: ¿Qué contiene en el fondo ese costurero en forma de libro, por el que están dispuestos a matar y morir qué sé yo cuántas personas? Holland no tuvo tiempo de revelármelo. Pero me encargó decirles que podías confiar en mí.

Helen se le quedó mirando fijamente antes de preguntar a su vez:

—¿Qué es lo que sabes tú de ese costurero?

—¿Recuerdas lo que te dije en el «Americain» mientras bailábamos? Pues creo que ha llegado el momento de las confidencias. El costurero lo tengo yo. Yo fui quien lo robó de la clínica Grant, después de poner fuera de combate a tres hombres. Escuché la conversación que sostuviste con tu hermano la noche de vuestra llegada a la posada. Por eso decidí apropiármelo y ver lo que contenía en su interior. Así me enteré que el enfermero Lewis pertenecía a no sé qué movimiento de un «Mundo Nuevo», del que Holloday parece ser un personaje importante, y René Lecreq a cierta organización internacional del crimen.

Seguidamente le relató toda su participación en el caso, desde su llegada a la posada hasta su violenta entrada en la bodega del club, omitiendo únicamente su condición de agente federal.

—¿Qué planes tienes con respecto al costurero? —preguntó la joven repentinamente seria—. Eso, naturalmente, en el supuesto de que logremos librarnos de las garras de míster Holloday.

—Antes de eso tendrás que aclararme una cosa. Mejor dicho, decirme si estoy equivocado o no en mi hipótesis. ¿Pertenece al Servicio Secreto norteamericano?

—Sí.

—Lo suponía. Y Grant, Maxwell, Holland y tu hermano Edgar.
¿No es así?

—Desde luego.

—¿Has revisado el interior del costurero? —dijo ella tras una pausa.

—Sí. ¿Cuál es el secreto que encierra?

—¿Qué harás con él después de saber que yo...? «Gángster» o no, soy un ciudadano norteamericano que ama a su patria y se jugó voluntariamente la vida en la guerra por defender su honor. Tan pronto hayamos salido de aquí te entregaré el objeto y si me lo permitís, os ayudaré a llevarlo hasta los Estados Unidos.

El rostro de Helen se iluminó.

—Mereces saber toda la verdad.

—Pues suéltala ya.

—Curtis, uno de nuestros mejores agentes, efectuó una misión de reconocimiento en una de las regiones más inexploradas del Tibet. No sé hasta qué punto estarás enterado de la desaparición de determinados hombres de ciencia en varios países del mundo. Por la confidencia de un sherpa supimos que alguno de ellos había sido visto en ese misterioso país. Creímos que sería cosa de los comunistas, pero Curtis, que logró infiltrarse dentro de la organización descubrió que se trata de una especie de movimiento que pretende revolucionar al mundo con nuevas ideas. Un verdadero peligro para la paz. Parece que hay complicadas gentes de todo el mundo. Es todo cuanto conozco de esa parte del asunto.

—¿Y el costurero?

—Curtis fue descubierto antes que consiguiera abandonar aquella inhóspita región. Sabiéndose perseguido, ocultó su secreto de forma que no pudiera ser encontrado fácilmente y lanzó un desesperado S.O.S. a Washington. Holland acudió al encuentro de Curtis y logró hacerse con el preciado objeto. Al día siguiente fue hallado muerto Curtis en su habitación de un hotel de Lahore, cosido a puñaladas. Holland fue cercado a su vez y no pudiendo

trasladarse a Estados Unidos vis China, optó por atravesar Turquía, llegando hasta la Alemania Occidental.

—Me parece adivinar el resto. Pero hay algo que no acabo de entender. ¿Por qué siendo Grant miembro del Servicio Secreto no fue Holland directamente a la clínica con el costurero?

—Porque estábamos ciertos que, conociendo como conocen la doble personalidad de Grant, la clínica sería el punto más vigilado. Por eso se concertó la entrega en la posada del «Aguila». Un sitio elegido al azar.

Howard volvióse a Helen para decirle en tono emocionado:

—Ahora comprendo el porqué del silencio de todos cuando traté de interceder por ti a raíz del aniquilamiento de la banda de Donald Kane.

La joven le miró perpleja.

—¿Que tú trataste de interceder por mí? ¿Quieres aclararme eso mejor?

Howard, por toda respuesta, sacó su carnet de agente federal.

—Soy un agente del F.B.I.

Helen rió de la mejor gana. Luego suspiró con fuerza, como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

—Tendrás que perdonarme, Jack. La verdad es que había llegado a pensar cosas terribles de ti.

—En tal caso, estamos en paz, Helen. Confieso que yo...

—Kane se dedicaba al espionaje.

—Lo sé. Pero eso ya es agua pasada. Dime, ¿qué pintan Lecreq y su organización en el asunto?

—La organización está dirigida por un tal Tarrant, a quien no conozco personalmente. Ignoro qué fuente informativa les puso al corriente de los hechos. Lo cierto es que cualquier potencia pagaría una fortuna por hacerse con el objeto. Y la ambición mueve a los hombres a realizar las más arriesgadas empresas. El Tíbet cae ya bajo las fronteras comunistas. No me extrañaría que intentaran negociar con ellos la venía del costurero.

—¿Y el secreto?

—El hilo de los carretes es un hilo especial magnetofónico, donde se recogen todas las declaraciones de Curtis acerca de lo que vio. Nombres, datos, fechas y lugares.

Y la cinta métrica, sumergida en ácidos especiales, revelará un centenar de fotografías que completan su ingente labor. Pensó que nadie repararía en un objeto que poseía la delicadeza de un obsequio femenino.

—Esto está mejor ahora. ¿Qué dijo Holloday?

—Me sometió a un breve careo nada más llegar al club. Está obcecado con la idea de que yo conozco el lugar exacto en que se halla el costurero. De momento se limitó a amenazarme veladamente.

—A mí, en cambio, me amenazó abiertamente.

Un ruido procedente del otro lado de la puerta los redujo al silencio. Oyeron murmurar algo y comprendieron que había llegado el momento de actuar.

Howard se tumbó en el suelo y Helen se arrodilló a su lado, mientras la pesada puerta era abierta por los mismos hombres que condujeran allí al agente, que descendieron la empinada escalera pistola en mano.

—Vamos, zángano; levántate ya del suelo —le apostrofó uno de ellos aplicándole un puntapié.

Dejó escapar un gemido.

—No sea bruto—le reprochó Helen, incorporándose—. ¿No ve que está herido en la cabeza? Y se ha lastimado una pierna. No sé si no la tendrá rota. No puede moverla.

—Vamos a ver—terció el otro agachándose para palpar la pierna del joven.

Se la obligó a mover con brusquedad; entre apagados gemidos del agente, y al fin se levantó, diciendo:

—No es nada importante. No tiene fracturado ningún hueso. Vamos, amiguito —añadió guardándose la pistola y tomando a Howard por los sobacos para ayudarlo a ponerse en pie—. Tienes que venir sea como sea. El jefe quiere hablar contigo y sólo después de muerto podrías negarte a concederle la entrevista —y

dirigiéndose al otro—: Encárgate tú de la rubia y yo ayudaré a éste a caminar.

—Andando, preciosa—cloqueó el forajido colgándose del brazo de la joven, que hizo un gesto de repugnancia.

Howard echó a andar penosamente tras los dos, arrastrando la pierna como si la tuviera anquilosada. Y esperó a alcanzar la mitad del tramo de la escalera antes de entrar en acción.

De pronto fingió que le fallaba la supuesta pierna herida. Dio un paso atrás, se torció de medio lado como si intentara restablecer el equilibrio al tiempo que dejaba caer al suelo las esposas. Giró sobre la pierna izquierda y disparó el puño súbitamente contra el mentón del desprevenido sujeto.

Puso toda su alma en el golpe y la mandíbula del hombre se partió con electrizante chasquido.

No se preocupó más de aquel enemigo, que cayó como una masa inerte escaleras abajo.

Saltó hacia adelante, tratando de evitar a toda costa que el otro pudiera efectuar algún disparo y sembrar la alarma en el interior del club.

Sonrió al ver cómo Helen le arrojaba la pistola al suelo de fuerte golpe con el canto de la mano, al tiempo que le aplicaba un codazo en el bajo vientre.

Howard no tuvo más que sujetarlo por las solapas, descargándole un puñetazo en pleno rostro, que sonó como un mazazo, sumiéndolo en la inconsciencia.

Recogió las dos pistolas, entregando una a la muchacha.

Salieron al oscuro pasillo y torcieron a la izquierda, desembocando en una amplia nave donde se apiñaban cajas de licores y refrescos.

Fueron a parar a las cocinas, desiertas y apagadas, y salieron a un ancho corredor que formaba recodo diez metros más allá.

Tomaron por la bifurcación, para encontrarse en un pasillo cerrado al fondo por una cortina de rojo terciopelo, avanzando en esa dirección.

Iban por la mitad del pasillo cuando sintieron abrirse una puerta a sus espaldas. Miraron hacia allí y vieron aparecer tres hombres en mangas de camisa, que se quedaron un instante parados, observando la extraña actitud de la pareja fugitiva.

Aquel segundo de duda fue su perdición, porque el agente no les dio tiempo a reaccionar.

Comenzó a disparar contra el grupo, logrando solamente uno de ellos escapar indemne, lanzándose de prodigioso salto al interior de la sala que acababan de abandonar. Sus dos compañeros quedaron tendidos en el suelo lanzando ayes de dolor.

La diestra del pandillero asomó armada por el abierto marco, haciendo fuego contra ellos.

Los proyectiles silbaron peligrosamente cerca y el inminente peligro le hizo abandonar su idea de alcanzar la roja cortina del fondo.

Helen pareció adivinar su pensamiento. Mientras él trataba de hacer blanco en la mano armada, pulsó el picaporte de la puerta más cercana al lugar donde se encontraban.

Se encontraron en una vasta sala en la que formaban hilera una veintena de mesas de billar.

Jack dejó escapar una exclamación de júbilo a la vista de los amplios ventanales, que daban a la fachada lateral del club. Miró la calle a través de las grandes cristaleras y abandonó toda precaución para dedicarse a abrir una de ellas.

Apenas había empezado su tarea cuando percibió a sus espaldas un leve grito de aviso de Helen, seguido de la áspera imprecación de un hombre.

Sonaron dos disparos casi simultáneos y uno de los cristales quebróse con estrépito.

Howard se hizo atrás a tiempo de ver desplomarse el cuerpo ya sin vida del tercer hombre que los sorprendieran en su huida por el pasillo.

Helen le entregó entonces la pistola. La sopló antes de guardarla en un bolsillo y ayudó a la joven a descender a la seguridad de la calle.

Se alejaron en dirección al callejón donde Jack aparcara el «Austin», sin que nadie les molestara. Sin embargo, al echar su última ojeada al edificio que quedaba atrás, no pudo evitar que un estremecimiento recorriera su cuerpo de pies a cabeza al ver la descompuesta faz de míster Holloday pegada a una de las ventanas del bar del club, observando el último capítulo de su fuga.

—¿Vamos al «Aguila»? —preguntó Helen cuando el agente hubo puesto en marcha el «Austin».

—Todavía no. El cadáver de Holland habrá sido descubierto ya y rondarán los sabuesos de Scotland Yard. No nos interesa entrar en contacto con ellos por ahora. No pueden acusarnos de nada, pero nos someterán a una estrecha vigilancia, lo cual no nos conviene en modo alguno. Vamos a ver a Jerry Nolan. Un compatriota, amigo de la infancia. Él es quien lo guarda. Se encargará de entregarlo al doctor Grant sin que nadie sospeche, porque es seguro que la clínica estará vigilada a conciencia. Luego iremos a la posada.

Jerry los recibió en su despacho. Jack se fue derecho a lo que le interesaba.

—Se acabó tu tarea de perro guardián, Jerry —le dijo—. Puedes devolverme el objeto que te dejé.

Nolan abrió la caja fuerte empotrada en la pared, hurgando en su interior en busca de lo pedido. De repente lo vieron volverse con hosca expresión y una luz de incredulidad en el fondo de sus pardos ojos. Había palidecido y Howard saltó del asiento al ver el súbito cambio operado en su antiguo camarada.

—¿Qué sucede, Jerry? —inquirió, sospechando la verdad de lo ocurrido.

—Que no está. Alguien lo ha robado y... —apretó los puños con rabia.

—Cálmate, Jerry—dijo el agente, dominando la situación con su habitual serenidad—. No conducirán a nada las lamentaciones. Procura hacer memoria y contestar mi pregunta. ¿Puedes recordar cuándo ha sido la última vez que lo viste en la caja al abrirla para cualquier cosa?

—Pues... esta mañana... no. Ayer... eso es; ayer por la tarde. Sobre las cinco aproximadamente. Recuerdo que la abrí para entregar al cajero dos paquetes de peniques para el cambio.

—¿Y viste entonces lo que yo te había dejado?

—Lo vi. Tan seguro como que estoy aquí.

—¿Había alguien presente mientras sacabas los paquetes conteniendo moneda fraccionaria?

—Mi encargado, Jack. Pero puedo jurar que es de absoluta confianza.

—Eso lo comprobaremos enseguida. ¿Quieres llamarlo un momento?

El jefe de los empleados permaneció rígido frente a la mesa de su patrono, retorciéndose el nudo de la corbata con evidente nerviosismo.

—Mira, Hyde—le dijo Nolan—. Este amigo mío quiere preguntarte algo. Es preciso que contestes como si fuera yo mismo quien te dirigiera la pregunta. Es un asunto de la mayor importancia.

El hombre cambió la mirada en dirección a Howard, asintiendo.

—¿Puede decirme si míster Nolan estuvo ausente de su despacho ayer tarde?

—Sí. Estuvo ausente entre seis y seis y media.

—De acuerdo. ¿Podría usted recordar cuál de los empleados pudo tener acceso al despacho durante esa media hora de ausencia de míster Nolan?

El hombre estuvo un rato pensativo y dijo:

—Me parece que sí, señor. Boriet; Juan Boriet. Un francés que entró en la Casa hace escasamente un mes. Lo eché en falta a poco de marcharse míster Nolan y apareció algo después en su puesto. Enseguida vino a mí y me dijo que se hallaba indispuesto. Me pidió permiso para retirarse a su domicilio. La verdad es que estaba pálido y me pareció que tenía fiebre. Accedí a que se fuera y hoy no ha venido a trabajar.

Howard recogió apresuradamente su sombrero que había dejado encima de la mesa.

—Hay que ponerse en marcha inmediatamente —dijo—. Puede que lleguemos a tiempo todavía. ¿Dónde vive Juan Boriet?

—Bastante cerca de aquí —respondió Jerry levantándose—. Te acompañaré. Y lo seguiré haciendo hasta que vea en tus manos el objeto que me diste a guardar.

Nolan frenó el «Austin» frente a una casa del Soho, de tres pisos, en cuyo exterior aún conservaba las huellas de los bombardeos alemanes.

Helen permaneció en el interior del coche mientras los dos amigos penetraban en el «hall».

Howard hizo sonar el timbre que había sobre la sencilla mesita de centro a cuya llamada acudió una mujer de edad avanzada, secándose las manos en el delantal de cocina.

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

—Queríamos ver a Juan Boriet. Él nos está esperando. ¿Tendría la amabilidad de indicarnos su habitación?

La mujer los guió hasta una puerta sin numerar del segundo piso. Howard esperó a que se perdiera el ruido de sus pasos antes de llamar. Golpeó con los nudillos y aguardó la respuesta del interior.

Alguien se removió adentro antes de que una voz trémula inquiriera el objeto de la llamada.

El agente recordó el nombre del pasaporte del individuo a quien golpeará en la carretera la noche del robo del costurero en la clínica y procuró imitarle del mejor modo posible las gangosas inflexiones de voz del hombre.

—Soy Dany; Dany Haniot. Abra un momento. Tengo algo importante que comunicarle.

—¿Trae el pasaporte? —había ansiedad en la pregunta.

—Sí, lo traigo.

Oyó girar la llave en la cerradura y empujó la puerta con fuerza.

Boriet los miró con ojos espantados, mientras una palidez cadavérica se extendía por su rostro.

—¡Míster Nolan! —pudo balbucir al fin.

—Sí, muchacho; míster Nolan, que te va a enseñar a no robar nada en lo sucesivo. Aunque me parece que poco puede aprender un hombre al que han convertido en picadillo. Porque eso es lo que vamos a hacer contigo.

Howard contuvo a su amigo y cogió al atemorizado hombrecillo por las solapas. Lo sentó en la cama y le espetó:

—Ahora, amiguito, vas a decirnos antes de nada dónde guardas el objeto que robaste de la caja de Jerry. Si te portas como un buen chico, es posible que te perdonemos. Pero si te obstinas en negar y en fingir inocencia, vas a experimentar en tu cuerpo los más refinados suplicios orientales. ¿Has oído hablar de ellos? Bien; pues empieza. ¿Dónde lo guardas?

—Yo... yo no lo tengo.

—¿No? Alárgame una caja de fósforos, Jerry. Son muy útiles para refrescar la memoria. Y ayúdame a descalzarlo.

Sonrió levemente al verlo sudar de angustia.

—Esperen, por favor. Yo no tengo la culpa. Lo robé de la caja, cierto, pero... Será mejor que se lo cuente desde el principio.

Jack volvió a guardar las cerillas y lo invitó a explicarse.

—Ayer recibí la visita de un hombre, un compatriota que se presentó bajo el nombre de Dany Haniot. No le había visto en mi vida. Y jamás había oído hablar de él. Me habló de mi madre enferma y de mi hermano ciego y... Bien, me dijo que el amo guardaba en su caja un objeto que le interesaba grandemente poseer. Era un libro envuelto en papel de celofán y atado con una cinta azul. Me ofreció tres mil libras si me apoderaba de él y se lo entregaba y un pasaporte para que hoy mismo pudiera embarcar para Francia. Esta mañana se lo llevé a cambio del dinero prometido y quedó en volver esta tarde a traerme el pasaporte. Les juro que no quería hacerlo; pero él insistió recordándome las penurias de mi madre enferma y mi hermanito y...

De pronto le impuso silencio con un imperioso gesto de su mano. Alguien se aproximaba.

Cuando llamaron a la puerta, Howard indicó a Boriet que fuera a abrir mientras Jerry y él se situaban junto al marco, pegados a la

pared.

Haniot entró sin recelar nada y se sobresaltó al sentir en sus riñones el contacto del cañón de la pistola que Howard empuñaba.

—Bien, M. Haniot—le dijo con sarcasmo—. Esta es la segunda vez que nos encontramos.

Lo desarmó, obligándole a sentarse en el sillón.

—De forma que me siguió los pasos, ¿eh? Me vio llevar el costurero a la tienda de Jerry y supuso que lo habíamos guardado en la caja fuerte del despacho. Un buen trabajo. Aunque no resultaba muy honroso coaccionar a un desgraciado como Boriet, valiéndose de las necesidades de su familia. Eso rezuma suciedad por todas las partes. Debió ser usted quien se jugara el tipo, arriesgándose a penetrar en la tienda como fuera y robarlo con la limpieza de un Arsenio Lupin. Concretando; ¿dónde guarda el costurero?

El francés sonrió con marcado cinismo.

—Está en un error si piensa que voy a decírselo. Además, tengo una cuenta pendiente con usted.

—No olvide que yo fui el provocado.

—Desde luego. Recobré el sentido a tiempo de evitar la muerte por congelación. Y juré que le haría pagar caros aquellos terribles momentos. Me costó un esfuerzo sobrehumano vencer el sopor del frío.

—Tendrá que esperar otra ocasión para tomarse el desquite, Haniot. Entonces podrá hacerlo de las dos cosas a la vez. De aquello y lo de ahora. Porque todavía soy yo quien domina la situación. ¿Quiere decirme dónde tiene el costurero?

Haniot oprimió los labios por toda respuesta.

—Está bien; usted se lo ha buscado. Ayúdame, Jerry. Vamos a atarlo y amordazarlo.

Lo tumbaron en la cama, descalzándole el pie derecho. Howard encendió un cigarrillo, indicó a Jerry que lo pusiera boca arriba y lo sujetara, y empezó a hacerle cosquillas en la planta del pie.

El acceso de hilaridad casi le ahogó al impedirle la mordaza la libre expansión. Entonces le aplicó la brasa del cigarrillo.

El alarido de dolor fue contenido por el pañuelo que le cubría la boca, y Jerry tuvo que hacer acopio de tocias sus energías para contenerlo.

El agente retiró la mordaza para que pudiera respirar sin dificultad y le enjugó el sudor que corría a raudales por su congestionado rostro.

—¿Qué —le dijo—, continuamos o prefiere decirnos lo que nos interesa?

—Hablaré —rezongó, respirando entrecortadamente—. ¡Maldito «gángster» del infierno!

—Bien. ¿Dónde está el costurero?

—Lo tiene René Lecreq. Hotel Lahore; habitación número 23. En la margen derecha del Támesis.

—Lo conozco —intervino Jerry—. Se titula hotel, pero es un fonducho de mala muerte.

—Una pregunta, Haniot. ¿Cómo no se ha hecho cargo del objeto míster Tarrant? Tengo entendido que es el jefe de la organización a que ustedes dos pertenecen.

—Tarrant quería negociar con los comunistas. Rusos o chinos. He convencido a Lecreq para prescindir del jefe al menos por esta vez. Prefiero negociar con cualquier país del mundo libre.

Dejaron el coche en la entrada del estrecho callejón, con Helen al volante, y se adentraron en dirección al destartado edificio de dos plantas de cuya fachada sobresalía un cartel de chapa de hierro, donde apenas eran visibles las palabras del título del hotel.

Penetraron en el «hall», recargado de incongruentes adornos alegóricos al Cercano Oriente, y saludaron al portero que leía un libro en un cuartucho, con un turbante cubriendo su cabeza.

Apenas les prestó atención y buscaron la puerta señalada con el número 23.

Howard detuvo el brazo en alto antes de aplicar los nudillos a la madera para llamar. Jerry le consultó con la mirada y se aprestó a

entrar en acción al ver el gesto de alarma dibujado en el rostro del agente del F.B.I.

A una señal de Howard, Jerry retrocedió unos pasos, embistiendo ambos contra la puerta, cuya hoja chascó estrepitosamente al recibir el impacto, cediendo la cerradura de sencillo resorte.

La fuerza de la inercia les precipitó hasta casi el centro de la habitación, donde permanecieron inmóviles una fracción de segundo, contemplando la escena que se ofrecía a sus ojos.

Lecreq se hallaba sobre el lecho, en pijama, y un hilillo de sangre manaba de una herida de la sien, yendo a perderse en la almohada, bajo su cabellera.

Junto a él, dos individuos de pésima catadura estaban procediendo a atarlo sobre las revueltas ropas del lecho. ¡Dos hombres de Holloday!

Jack vio el desconcierto pintado en las caras de sus antagonistas y se abalanzó contra ellos antes que sus músculos tuvieran tiempo material de obedecer los dictados del cerebro.

Disparó el pie como un proyectil, golpeando con la puntera la espinilla izquierda del más cercano a él, que cayó retorciéndose de dolor.

Se volvió furioso al sentir el impacto de un puño en su oreja y se lanzó contra su nuevo enemigo.

Le aplicó una serie de puñetazos al rostro, logrando derribarlo con una ceja partida. Se agachó para registrarlo y recibió un rodillazo en la ingle que lo abatió, mientras le asaltaban violentas náuseas.

Logró desasirse de él, lanzándole por encima de su cabeza con elástico juego de piernas, privándole del conocimiento mediante un fulminante puñetazo al plexo solar.

Acudió en ayuda de Jerry, que forcejeaba por tumbar a su vigoroso adversario. Le propinó un culatazo en el cráneo, dedicándose acto seguido a registrar a los caídos.

Con un suspiro de alivio sacó el costurero del bolsillo del abrigo del que luchara con Jerry. Luego miraron sorprendidos el pálido

rostro del portero, que observaba paralizado el hecho desde el vano de la abierta puerta.

Jack sacó una chapa del bolsillo. Una chapa que lo acreditaba como socio del Club Darling de Nueva York, y la acercó a los ojos del empleado reteniéndola en la palma de la mano, casi oculta bajo los arqueados dedos.

—Scotland Yard —musitó, volviéndola a guardar.

Temía que el hombre se diera cuenta de la superchería y observó sus reacciones con evidente interés. Pero el portero se había puesto demasiado nervioso para darse cuenta de la verdad.

Howard le entregó una pistola de uno de los caídos pandilleros de Holloday.

—Vigílelos, amigo. Vamos abajo a llamar a una ambulancia.

Salieron a escape y no respiraron tranquilos hasta que el coche rodó por las arterias principales de la gran urbe, lejos del Hotel Lahore, del alorado portero y las sórdidas callejuelas.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Jerry.

—Hay pocos caminos a seguir. No podemos ir a la posada con el costurero, porque sería lo mismo que ponerlo en manos de cualquiera de las partes empeñadas en hacerse con él. Y tampoco podemos llevarlo a la clínica de Grant, al menos de momento. Creo que lo mejor será que continúes guardándolo tú. No se les ocurrirá pensar que vamos a seguir dejándolo en un sitio donde pudo ser robado con tanta facilidad. Ya buscaremos el modo de ponernos en comunicación contigo. Cuando llegues a casa, llamas a su patrona y que se encargue de poner en libertad a Boriet y Haniot. Y no temas por ese lado. Los dos guardarán un silencio de tumba.

Capítulo 6

EL inspector Dene ordenó la colocación de algunos agentes en las bocacalles inmediatas para evitar la aglomeración de curiosos. Luego se volvió a Tarrant para decirle:

—El resto lo dejo en tus manos, Tarrant. ¿Rodeamos el edificio?

—Me parece que no va a ser necesario. Aquí ocurre algo raro —objetó, mirando con aprensión las cerradas puertas y ventanas del «Spot Club»—. Ven; entraremos por el gimnasio.

Elevaron la persiana de hierro, haciendo ceder la cerradura de la puerta de vigorosos empujones.

Lo primero que se ofreció a su vista fue el cuerpo de un hombre ahorcado, que pendía de una soga cuyo extremo iba al artesonado del techo.

Tarrant dejó escapar una maldición al reconocer en el péndulo humano la familiar silueta de Joe Goldwin.

Apartó la mirada del macabro espectáculo, incapaz de soportar la visión de aquellos ojos desorbitados, de las desencajadas facciones del «manager» y aquel palmo de lengua fuera, como si hubiera pretendido hacer burla de sus verdugos.

El inspector le vio ponerse lívido y posó su mano en el antebrazo del hampón.

—Es muy desagradable—dijo—. Por muy acostumbrado que se esté a ver la muerte todos los días, siempre impone la horrible visión de un hombre ahorcado. Una copita te dejará nuevo.

—Gracias, Dene. Eres muy amable. Pero no es precisamente la visión de un hombre ahorcado lo que me ha impresionado. Es que el muerto... era un amigo.

—¿Acaso pertenecía también a...?

—Sí —respondió Tarrant sin dejarle acabar la frase—. Trabajaba para nosotros.

Dene mandó que fuera descolgado el cadáver, internándose en las distintas dependencias del club seguido de varios agentes.

Descubrieron el cuerpo del pistolero muerto en la entrada de la sala de billares, así como las manchas de sangre al otro extremo del pasillo, donde Howard hiriera a sus dos compañeros.

Abrieron la puerta para seguir el reguero del rojo líquido y vieron otro tumbado sobre un camastro, con la pechera de la camisa empapada en sangre. Se cercioraron de que había dejado de existir y se miraron por un momento perplejos. ¿Qué habría ocurrido allí antes de su llegada?

—¿Quién crees que habrá sido el autor de esta sarracina?

—Es pronto para aventurar hipótesis, inspector. Quizás Goldwin, cuando se dio cuenta que habían descubierto su juego. Aunque es posible que ese «gángster» americano no sea ajeno a lo sucedido aquí. Bien; ordena a tus hombres hacer un meticuloso registro en todos los departamentos del club y vamos a encargarnos nosotros del despacho de míster Holloday.

Tarrant miró contrariado los montones de papeles diseminados sin orden ni concierto por encima de la mesa y en el suelo.

—Total, nada entre dos platos —dijo—. Hemos trabajado como negros para revolver todos estos papelotes, para acabar encontrándonos igual que estábamos al principio.

—¿De veras crees eso? No compartimos, pues, la misma opinión. Hemos encontrado pruebas para proceder a la detención de una veintena de individuos por lo menos.

—Porque tú, Dene, ves las cosas desde un punto de vista meramente policíaco. La verdad es que míster Holloday sólo ha dejado lo que le interesaba dejar. De un modo u otro estos desgraciados han dejado de serle útiles y se desembaraza de ellos con la mayor astucia del mundo.

El sargento Curtis se presentó ante ellos a dar la novedad.

—Hemos encontrado dos cadáveres más, señor. Están en el suelo de la bodega. Ninguna herida de bala o de arma blanca. Alguien los golpeó con excesiva dureza. Uno tiene la mandíbula partida y se debió romper el cráneo al caer contra el suelo. El otro está desnucado. Ni rastro de la chica rubia y el americano. Y menos de ese libro envuelto en papel celofán.

El timbre del teléfono los sacó de su abstracción.

—Contesta, Dene. A lo mejor es míster Holloday que quiere decirnos algo. El hombre también tiene su sentido del humor.

Tarrant no pudo entender lo que decía la voz al otro lado del hilo, pero se dio cuenta que el interés de Dene aumentaba a medida que iba escuchando lo que le decían. Dejó el aparato sobre la horquilla y explicó:

—No era míster Holloday. Era el sargento Holmes. Helen Ferris y el hampón americano están detenidos. Se han presentado en la posada y el policía que dejamos allí de guardia se ha hecho cargo de ellos. Nos esperan en el Yard.

—En tal caso, lo mejor será que acudamos antes a la cita. Aunque no creo que saquemos mucho en limpio de lo que puedan decirnos.

* * *

Howard tomó asiento en la silla que el inspector Dene le ofrecía y miró a sus interlocutores con aplomo.

Estaba serenamente preparado para no caer en la trampa y sabía que los agentes oficiales nunca llegarían a hacer con él lo que él había hecho con M. Haniot para arrancarle lo que le interesaba conocer.

—Bien, míster Howard —empezó a decir Tarrant—; preveo que usted y yo vamos a llegar rápidamente a una mutua comprensión. ¿Qué fue lo que le trajo a la vieja Inglaterra?

—Vine por razones que prefiero reservarme. Son delicadamente personales, ¿comprende? Y tomé habitación en el «Aguila» porque

lo consideraré como el lugar más a propósito para la consecución de mis fines.

—¿Conocía a Helen Ferris antes de haberla visto en la posada?

—Sí. Fue... Bueno; es mi prometida.

—Ahora llegamos a la parte más importante de la cuestión. Me veo precisado a hacer un llamamiento a su sinceridad, que espero no sea desatendido. A fin de cuentas redundará en favor suyo y en el de miss Ferris. Dígame; ¿cómo fue a parar al «Spot Club» y qué es lo que sucedió allí? Antes que responda quiero aclararle varias cosas. Sabemos que los hermanos Ferris esperaban la llegada del malogrado Holland, que debía entregarles un objeto de incalculable valor. Me inclino a suponer que usted se halla metido en el asunto accidentalmente.

—Permítame una pregunta, inspector —le atajó Howard—. Veo que su interés se centra de un modo particular en el «objeto» que Holland traía para poner en manos de los Ferris. Voy a confesarle que ignoro en absoluto el contenido de ese objeto. También que miss Ferris guarda una absoluta reserva respecto a ello. ¿Qué secreto encierra en su interior? Tiene que tratarse forzosamente de algo gordo para que Scotland Yard se tome tanto interés por ello.

—Miss Helen Ferris habló de una valiosa colección de joyas delante del posadero —arguyó Tarrant—. Y queremos comprobar si éstas coinciden con las que fueron robadas en Amsterdam.

Howard enarcó las cejas de un modo significativo. Era obvio que Tarrant, a quien creía inspector de Scotland Yard, estaba mintiendo descaradamente. Y se dispuso a seguirle la corriente.

Por unos momentos había pensado descubrir su verdadera personalidad y hacer un detallado relato del caso conforme lo veía él. Pero decidió de repente seguir adelante con la versión deformada de los hechos que había combinado con Helen antes de regresar a la posada, porque intuía algún turbio manejo a través de todo aquello.

—Tendrán que buscar a míster Holloday. Sus hombres se apoderaron del objeto luego de asesinar a Holland. Helen me pidió que la acompañara al despacho de aquél, en el «Spot Club», porque

deseaba llegar a un arreglo. Holloday nos retuvo prisioneros toda la noche. Cuando nos soltó, esta mañana, dijo que el objeto estaba a salvo y ya no podíamos hacer nada por rescatarlo. Esto es todo lo que sé.

Tarrant trató de romper la cerrada guardia del joven, sin conseguirlo. Viendo que no sacaría nada en limpio por ahí, hizo una seña a Dene, dando por terminado el interrogatorio.

Una vez a solas los dos hombres, el hampón distendió los labios en una amplia sonrisa.

—¿Qué sacas en limpio de esto? —inquirió Dene.

—Que son ellos los que tienen el costurero.

—¿Qué vamos a hacer para sacárselo?

—Emplear la astucia, mi querido amigo. Son las siete y veintidós —agregó consultando su reloj—. Sintoniza tu reloj con el mío. Dentro de dos horas pones en libertad a los pájaros. Dispondré unos cuantos hombres que seguirán sus pasos sin que ellos se den cuenta, por muy avezados que estén en estas lides. Ellos mismos pondrán el objeto en nuestras manos. En cuanto a lo ocurrido en el «Spot Club», puedes redactar el informe achacando el caso a una lucha entre dos bandas rivales. Has recogido pruebas suficientes para poner al descubierto las actividades ilegales de Holloday. Eso será todo por ahora.

Capítulo 7

JACK aparcó el pequeño «Austin» junto al bordillo de la acera y entró en la tienda de Nolan acompañado de Helen. Míster Hyde se puso nervioso al ver al agente y apenas acertó a balbucir unas breves palabras de saludo.

—¿Está míster Nolan en su despacho?

—Sí... sí, señor.

—No se moleste en anunciarnos. No es necesario.

Jerry dejó a un lado los papeles de cuentas que estaba examinando, saludándoles cordialmente.

—¿Es hoy cuando debo ejercer el oficio de recadero? —dijo.

—Tú ya has cumplido tu parte en el negocio, Jerry. El objeto lo llevaremos nosotros mañana. Pero deberás entregárnoslo ahora.

—¿No será peligroso? Ignoro de qué se trata, pero he tenido ocasión de comprobar que llevarlo encima y estar expuesto a recibir un disgusto serio, forman una sola cosa. ¿No sería mejor que yo u otra persona de confianza...?

—Ahí estaría el error—le atajó Howard—. Nos vigilan estrechamente. Hay varios elementos que están pendientes de nuestros menores gestos.

—Podrías haberme llamado por teléfono.

—Y se hubieran enterado, palabra por palabra, de nuestra conversación. Estoy seguro que esperan que sea una tercera persona quien se encargue de transportarlo a cierto sitio de Londres. Por eso es por lo que quiero ser yo quien lo lleve. Sospecharán de cualquiera menos de nosotros dos. No creerán que nos atrevemos a llevarlo encima después de lo que ha pasado.

¿Comprendes lo que quiero decirte? Tengo la corazonada de que las cosas sucederán como digo y nadie nos molestará. En cambio, es fácil que tu caja fuerte reciba la visita de cualquier extraño.

—Como quieras. En fin; aquí tienes el objeto... ¡Y buena suerte!

De un cajón de la mesa sacó el costurero, entregándolo a Jack. El joven se apresuró a guardarlo en uno de los amplios bolsillos de su gabardina.

Helen sintió que el corazón le latía con más fuerza a la vista del codiciado objeto.

—Será mejor que nos despidamos ahora, Jerry, porque es posible que no nos veamos por algún tiempo. Te escribiré para que puedas asistir a nuestra boda en compañía de tu esposa.

—De acuerdo, Jack. Y me reservo el derecho de apadrinar vuestro enlace.

* * *

Rodaban en dirección a la clínica del doctor Grant cuando Helen se dio cuenta de la amplia sonrisa que curvaba los labios del joven.

—Mira por el espejo retrovisor—dijo a la muchacha—. ¿Ves ese taxi que rueda detrás de nosotros? Viene siguiéndonos desde el hotel. Ayer, desde Scotland Yard hasta la tienda de Jerry, lo hicieron en un «Packard» moderno. Desde la tienda al hotel en un «Ford» y ahora en ese taxi. Cambian de vehículo para intentar pasar desapercibidos. Se ve que saben hacer bien las cosas.

—¿Crees que nos abordarán antes de llegar a la clínica?

—No lo harán los hombres del Yard. Ni tampoco Lecreq y Haniot. Pero no estoy tan seguro de míster Holloday. Es el peor de todos y el más osado también. Estará furioso y un hombre de su temperamento es capaz de cualquier cosa. Daría gustoso media vida por apoderarse del costurero y la otra media por vengarse de nosotros. Le hemos estropeado todo el plan. Por si fuera poco, tiene que permanecer oculto, porque se halla fuera de la Ley en el país. Y

resulta muy desagradable perseguir a alguien, siempre bajo la amenaza de saberse a su vez perseguido.

Enfilaron la Avenida del Oeste y Howard aceleró la velocidad del «Austin» deseoso de llegar cuanto antes a su inmediato punto de destino. No estaría tranquilo hasta encontrarse lejos de Inglaterra... aunque se reservaba una importante baza para la jugada final que sólo él conocía y que, estaba seguro, sería la que habría de decidir la partida en favor suyo.

Eran ya visibles las fachadas de la clínica cuando vieron venir en dirección contraria un lujoso «Cadillac», lanzado a toda velocidad. Jack intuyó el peligro y ordenó a la muchacha:

—¡Agáchate, Helen! Puede que me equivoque, pero me da a las narices que no. Es fácil que intenten acribillarnos desde ese coche. Mira; ¡lleva las cortinillas bajadas!

No se equivocó al predecir el peligro, aunque viniera de forma bien distinta a la que imaginaba.

El «Cadillac» hizo de pronto un brusco viraje, lanzándose contra el pequeño «Austin». A Jack le cogió desprevenido la maniobra y tuvo una leve vacilación que duró lo que la luz de un relámpago.

Giró el volante con el tiempo justo de evitar la colisión entre los dos vehículos, hundiendo hasta el fondo el pedal del freno.

El «Cadillac» pasó como una exhalación a escasos centímetros del coche que ellos tripulaban. Tuvo la fugaz visión de dos ojos de expresión demoníaca atisbando a través de las cortinillas que ocultaban la parte posterior. Y concentró toda su atención en dominar su propio automóvil.

Eludió milagrosamente el choque contra la alegre fachada del chalet inmediato a la clínica, aunque no pudo evitar que la aleta alcanzara un poco la pared al virar con brusquedad en sentido contrario.

Patinó con penetrante chirrido sobre el mojado asfalto, acusó con brusca sacudida el abordaje a la acera, volvió a sacudirse al descender de ella, inclinóse marcadamente de costado, a punto de derrapar, al ejecutar la pronunciada curva y se detuvo casi en el centro de la calzada, mientras varios curiosos corrían hacia ellos.

Un hombre rubio, de elevada estatura, con cara de niño grande, fue el primero en llegar y lo hizo salir del coche atrayéndole por un brazo, mientras inquiría con voz extrañamente ronca:

—¿Está herido alguno de ustedes? Lo he presenciado todo. La culpa fue del otro coche.

Desasíóse del individuo para volverse a Helen. La había hecho salir por la parte opuesta y dos hombres la ayudaban a tenerse en pie.

—Por favor, Jack—dijo—. Ayúdame a llegar hasta esa clínica. Siento un dolor muy fuerte en la rodilla izquierda.

Llegó junto a Helen y se detuvo al oír el silbato de un pito de la policía. Vio un uniformado agente de Scotland Yard correr hacia ellos. También al taxi que los siguiera, parados a unas cien yardas de la clínica, aunque apenas prestó atención a ese detalle.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —inquirió el policía, clavando su mirada en la pareja.

—Espere un momento. La señorita sufre una contusión. En la clínica, mientras la atienden, hablaremos con mayor tranquilidad.

—Puedo caminar por mí misma, Jack. Y tienes que aparcar el coche. No puedes dejarlo en medio de la calle.

El joven rubio la tomó por un brazo y echaron a andar hacia la clínica, al tiempo que dos enfermeros del doctor Grant les salían al encuentro.

Howard encontró un poco extraño todo aquello, pero estaba acostumbrado a no asombrarse ya de nada y no opuso objeción alguna.

Y mientras narraba los hechos al policía, refrendados por varios testigos presenciales, sintió que la voz se estrangulaba en su garganta al comprobar que el costurero había desaparecido del bolsillo donde lo guardaba.

—¿Le ocurre algo, señor?

—No, nada, desde luego. Pero ha sido todo tan inesperado... La impresión...

—Lo comprendo—y guardando la libreta donde efectuara algunos apuntes—: Buscaremos al «Cadillac». Aunque sin saber el número de matrícula ni siquiera el color exacto de la carrocería, va a resultar un verdadero crucigrama.

—Es igual, agente. Al fin y al cabo no ha habido que lamentar cosas más importantes que un susto monumental.

Siles, el ayudante del doctor, lo recibió sonriendo en el vestíbulo. Llevaba un parche en el lugar de la cabeza donde él le propinara el culatazo y se llevó la mano a la parte lastimada mientras se ampliaba la sonrisa de simpatía que iluminaba su faz.

—Bienvenido, míster Howard —saludó.

—Gracias, Siles —y señalando el parche—: Créame que lo siento de veras.

—No tiene importancia. No soy rencoroso. Y no hay mal que por bien no venga. Esto me ha servido para disfrutar de unos días de descanso.

Lo condujo al despacho del doctor.

Howard clavó su mirada en los penetrantes ojos del hombre que permanecía sentado tras la mesa de escritorio y lo equiparó inmediatamente con Holloday, tanto en astucia como en inteligencia. Tampoco sería agradable tenerlo por enemigo.

El rubio fumaba, sentado con familiaridad en una esquina de la mesa, y Helen paseaba de un lado al otro de la estancia.

Estrechó la mano de Grant y ocupó el sillón que le ofrecía.

—No conoces a Banister —le dijo Helen señalando al rubio—. Es uno de nuestros mejores hombres.

—Celebro conocerle, Banister —y enarcando las cejas—: Fue usted quien sacó el costurero de mi bolsillo, ¿no?

—En efecto. ¿Se dio cuenta de que se lo quitaba o lo adivinó después?

—Lo supuse. Si me hubiese dado cuenta de que andaba registrando mis bolsillos, no estaría ahora sentado fumando tranquilamente.

—Es obvio explicarle lo que ocultaba en el fondo la maniobra del «Cadillac».

—Desde luego. Un golpe de audacia muy propio de Holloday. Y hubiese tenido éxito a no ser por la rapidez de reflejos de Banister.

—Exacto—terminó Helen—. Previeron tu reacción con el volante ante el simulacro de atropello. Hay que reconocer que expusieron lo suyo, porque una indecisión tuya a la velocidad que venían lanzados hubiese tenido como consecuencia una terrible colisión entre los dos vehículos.

—Luego, varios de sus hombres corrieron hacia nosotros simulando prestarnos ayuda, pero en realidad dispuestos a apoderarse lindamente de nuestro objeto. Pero Banister les ganó por la mano.

—Siento de veras haberle hecho pasar ese mal rato —intervino el rubio.

—No se preocupe por eso, Banister. Todo está bien cuando bien acaba. Y a propósito; ¿quién va a ponerle el cascabel al gato? O dicho de otro modo; ¿cómo piensa sacar de Inglaterra el costurero?

—Ese es precisamente el quid de la cuestión —respondió Grant—. Porque mis últimas confidencias recibidas son que Tarrant, por razones que desconozco, trabaja en este caso ligado íntimamente al inspector Dene y, por tanto, a la fuerza del Yard. No obstante, tengo meditado un plan al respecto y estimo exponerlo a su consideración puesto que nos ha dado pruebas de su sagacidad.

Hizo una breve pausa, prosiguiendo:

—Tenemos que recurrir al disfraz si queremos contar con determinadas posibilidades de éxito. Miss Swanson adoptará la personalidad de Helen. Saldrá acompañada de míster Howard y partirán juntos al hotel. Mañana tomarán pasaje para Nueva York en el avión de la tarde. Y Banister y Helen, con el costurero...

—Un momento —le atajó Howard—. ¿Quiere decir que Banister y Helen correrán todos los riesgos mientras la señorita Swanson y yo quedamos eliminados del negocio? No estoy de acuerdo. Oiga, Grant, soy de los que, cuando empiezan una cosa, no cejan hasta llegar al final. Pero por el camino directo, ¿comprende? Con que

modifique su plan de cabo a rabo. Búsquese otro míster Swanson que haga el papel de Jack Howard.

Grant sonrió satisfecho al hablar ahora.

—Esperaba oírle decir eso. Me hubiese defraudado de otra manera. Pero quería que fuese usted quien se ofreciera espontáneamente a prestarnos su insustituible ayuda hasta el final.

Siles acabó de dar los últimos toques al disfraz del agente.

La caracterización era completa y lo invitó a mirarse en el espejo.

—Ha hecho usted una obra de arte, amigo. Ni mi propia madre sería capaz de reconocerme. Pero escuecen un poco estos cosméticos.

—Es sólo al principio. Esa sensación pasará pronto y acabará por convencerse de que forman parte de su propia epidermis.

Mientras le ayudaba a ponerse una bata de enfermero, le dijo, poniéndose repentinamente serio:

—¿Usted cree que lograremos burlar la vigilancia de Holloday y los otros con este procedimiento?

—Supongo que sí. Si a mí me cuesta trabajo convencerme que ese que se mira al espejo soy yo mismo, creo que a los demás les costará mayor esfuerzo adivinar la verdad.

—Desde luego. Pero opino que esta vez servirá de bien poco su sagacidad ante la clara evidencia que van a presenciar. A no ser que se trate de auténticos agentes del diablo.

—A veces pienso que ese personaje no debe ser muy ajeno a míster Holloday y a Tarrant.

—Si miramos las cosas desde un punto de vista pesimista, estaremos perdidos de antemano, Siles. No olvide que bajo este disfraz se esconde un hombre con tanta audacia como la que puedan tener ellos.

—No fue mi intención herir su amor propio, Howard. Tenemos aquí buenas pruebas de su capacidad —al decir esto palpóse el pegote de gasa que cubría la herida de su cabeza.

A Jack le costó un verdadero esfuerzo reconocer a su prometida en aquella cursi enfermera con tipo de solterona amargada. Y dio su

aprobación a la magnífica caracterización de la pareja que descendía la escalera en dirección a la calle y que se parecían a Helen Ferris y a Jack Howard, respectivamente, como una gota de agua a otra.

Desde una de las ventanas del piso superior los vieron dirigirse al pequeño «Austin» estacionado junto al bordillo de la acera. La joven cojeaba ligeramente y era visible el vendaje que cubría su rodilla izquierda y parte de la pantorrilla.

El supuesto Howard puso el motor en marcha, partiendo poco después hacia el hotel donde alquilaran habitaciones la noche anterior.

Inmediatamente salió tras ellos un «Morris» de poderoso motor, mientras el taxi que los siguiera se alejaba en dirección opuesta.

La maniobra hizo sonreír a la pareja, porque aquello significaba que podían considerarse libres de la vigilancia de uno de los más sagaces adversarios.

Minutos más tarde era sacada del garage la ambulancia de la clínica y estacionada frente a la entrada, en respuesta a una llamada telefónica. Sospechaban que la línea estaría interferida y no quería dejar ningún cabo suelto.

Helen bajó la primera, ocupando asiento en el «baquet». Y Howard y Siles, portando una camilla plegable, iniciaron el descenso hacia la ambulancia. Antes de salir, el doctor Grant entregó el costurero a Jack y estrechó calurosamente su mano al decirle:

—En usted depositamos nuestras esperanzas. Ya sabe lo que ha de hacer. Banister les estará esperando a bordo del «Dakota». Suerte y... ¡hasta pronto!

La ambulancia se detuvo frente a un edificio de Piccadilly Circus, de aspecto señorialmente lujoso, subiendo los tres hasta el segundo piso.

Siles pulsó el timbre y una viejecita de apergaminado rostro les franqueó la entrada.

En el vestíbulo esperaban dos personas; un enfermero y una enfermera exactamente iguales a la caracterización adoptada para

ellos. Sólo que éstos no portaban disfraz alguno y eran los auténticos originales cuyas copias acababan de llegar.

Entre Siles y el legítimo enfermero desplegaron la camilla, donde se tumbó un nuevo personaje de edad avanzada y aspecto marchito, perteneciente también al Servicio Secreto.

Dos horas más tarde de su presentación en el lujoso apartamento, Howard y Helen, convertidos en míster Cecil Hamilton y mistress Margaret Hamilton, llamaban a un taxi, preparado de antemano por el doctor Grant, para dirigirse a un hotel de Trafalgar Square, donde tenían habitaciones reservadas con anterioridad desde el muelle, donde «acababan» de desembarcar después de la larga travesía desde Australia.

Capítulo 8

MAXWELL cortó el encendido del motor y aplicó suavemente los frenos del taxi que conducía. Abrió la portezuela y ayudó a Helen a descender del vehículo, mientras Howard lo hacía por el otro lado.

—Hemos llegado —dijo—, y añadió señalando un pinar que nacía al borde de la carretera—: Detrás de los árboles, a menos de cien metros, se encuentra Membury. No necesito daros explicaciones porque, pasando los árboles, hasta un ciego sería capaz de ver nuestro «Dakota» y el hangar medio en ruinas de este abandonado aeródromo, improvisado durante la guerra.

Se despidieron de él, atravesando el pinar a paso vivo.

Detuviéronse al borde de la franja que los setos bordeaban, contemplando la imponente silueta del «Dakota». Después echaron a correr en dirección al avión, sin hacer caso de los espinos que estropeaban las elegantes ropas que vestían.

Pasaron un campo arado, endurecido a causa de la escarcha que centelleaba al recibir el impacto de los rayos del sol naciente, adentrándose en la franja acementada de la pista de despegue, bastante deteriorada, sin detenerse a pensar en la incongruencia de que ni Banister ni otro cualquiera de los tripulantes del avión salieran a recibirles.

Alguien abrió la puerta del fuselaje desde dentro, señalando la escalerilla para que descendieran.

Ayudó a Helen a izarse, haciéndolo él a continuación. Y de repente le asaltó la idea de que estaban topando con una trampa hábilmente preparada para cazarlos.

Dany Haniot, con mono y zamarra de cuero y un casco de piloto tapándole la cabeza, los tenía encañonados con una pistola,

sonriendo ampliamente con recóndita malicia. Un poco más allá, junto a la mesa del «navigator», René Lecreq, con un vendaje alrededor de la frente, intentaba a su vez esbozar una sonrisa.

—¿Y Banister y el «navigator»?

—No se preocupe por ellos —dijo Haniot—. Se hallan en el hangar, atados de pies y manos. Fueron buenos chicos y no nos vimos en la precisión de golpearles. No somos asesinos profesionales.

—Desde luego.

Soltó una carcajada al ver la desconfianza que reflejaba la faz de Haniot ante la tranquilidad con que él acogía las circunstancias adversas.

—¿Cómo van sus deseos de venganza con respecto a mi persona?

—Ya lo había olvidado. Pero aprovecharé el que haya sido usted mismo el que me lo ha recordado. Le prometo olvidarlo todo de nuevo si se limita a hacer lo que le digamos sin intentar ninguna jugarreta.

Hizo una pausa, adoptando un aire amenazador al proseguir:

—No se le oculta lo que nos ha traído aquí. Y puede creerme que dejaré al lado toda clase de escrúpulos si se obstina en poner obstáculos en nuestro camino. Entréguenos el costurero y le prometo toda clase de garantías respecto a su integridad física.

—No hacía falta que empeñara su palabra, Haniot. Sé reconocer al caballero. Y también sé darme cuenta de cuándo me ha tocado perder. Reconozco que ha sido más listo de lo que supusiera en un principio. Todas nuestras precauciones iban encaminadas a despistar a los bandos restantes, ignorando por completo la participación de ustedes dos en el asunto. A Lecreq no le concedí la menor importancia desde el principio y a usted le consideré un chapucero indecente después del negocio de Juan Boriet. Y en este punto estriba nuestro error. En haber menospreciado a la parte más inteligente de las empeñadas en la cuestión. Me parece que Tarrant va a echarlos mucho de menos en lo sucesivo. Y a propósito: ¿qué fue del infeliz Boriet?

—Marchó a su casa con el dinero ganado en buena lid. Cumplió bien su cometido y no tuvo culpa de que usted torciera después las cosas.

—Lo celebro por su madre y por su hermanito ciego —y sacando el costurero—: Retiro lo que le dije en cierta ocasión. Es usted un auténtico Arsenio Lupin. ¿Cómo supieron que éramos nosotros los que íbamos a largarnos en este «Dakota» con el codiciado paquetito?

—Fue muy sencillo. Lecreq y yo nos acercamos disfrazados a la pareja que ocupó el «Austin» en que ustedes dos llegaron a la clínica y nos dimos cuenta que todo era una superchería. No olvide que Lecreq había trabajado en la clínica en calidad de enfermero y los conocía a todos muy bien. De esa forma pudo identificarlos cuando salieron bajo la apariencia de simples enfermeros. Porque se da el caso de que Lecreq sostuvo durante poco tiempo ciertamente, relaciones amorosas con miss Swanson. Yo me encargué de vigilarlos después, mientras René seguía los pasos de Banister. Así descubrimos todo y trazamos un plan de acción que ha dado resultado.

Y riendo, al tiempo que recogía el objeto de manos de Howard:

—Lecreq hizo una verdadera creación de miss Ferris para llegar hasta el avión y yo adopté su personalidad.

El agente rió con fuerza a la vista de las prendas arrinconadas en el fuselaje. Les habían dado su propia medicina.

Haniot se puso repentinamente serio y le dijo:

—Escuche, Howard. Preferiría no verme obligado a recurrir a la violencia. Los voy a encerrar en el hangar. Y no les ataré como a sus compañeros. Pero han de prometer solemnemente que no intentarán nada contra nosotros en un plazo de quince minutos. Pasados estos, pueden obrar como mejor les plazca. Dejaré sus armas en el avión. Puede que las necesiten más tarde. Creo que sabrá agradecer esta delicadeza mía para con ustedes. Un compatriota suyo me salvó la vida durante la guerra con grave riesgo de la suya y...

—No se hable más, Haniot. Cuente con nuestra promesa formal de que no intentaremos nada contra ustedes antes de ese cuarto de hora.

Dejaron las armas sobre la mesa del «navigator» y se despojaron de las prendas para el vuelo que habíanse puesto para recibirles. Seguidamente descendieron los cuatro a la estropeada pista de despegue.

Lecreq empujó a un lado la puerta corredera de acceso al hangar, que chirrió al patinar sobre los enmohecidos raíles. Los invitó a pasar al interior, volviendo a encajar la puerta en un sitio cuando hubieron entrado.

Los amplios ventanales de forma rectangular estaban desprovistos de cristales y hacía allí un frío intenso. La corriente establecida entre los huecos de las paredes laterales acrecentaba la gelidez de la atmósfera del recinto, y Banister y el otro hombre, tumbados en el centro de la vasta nave, imposibilitados para hacer el menor movimiento, tenían el rostro y las manos lívidas a causa del frío.

Percibieron las explosiones de un potente motor de motocicleta al ser puesto en marcha.

Cortaron las ligaduras que inmovilizaban a los dos hombres y friccionaron sus entumecidos músculos.

El agente marchó al «Dakota» en busca de las armas. Antes que alcanzara el avión ocurrió algo que le hizo detener los pasos y prestar atención.

La moto habíase detenido y le llegó el eco de unas voces gritando algo en tono perentorio. No pudo entender las palabras, pero comprendió que se conminaba a alguien a obedecer.

Una sospecha le asaltó de pronto. ¿Sería posible que mister Holloday hubiera llegado a descubrir a su vez el proyecto de fuga y hacía acto de presencia con sus hombres?

De ser así, sus vidas corrían un serio peligro. No se limitaría a quedarse con el costurero como habían hecho Haniot y Lecreq, sino que pretendería hacerse con un objetivo infinitamente más importante.

Recordó sus palabras en el «Spot Club». «La muchacha nos interesa por algo más que por el costurero».

Y tampoco podía olvidar el intenso odio que viera brillar en sus ojos cuando lograron escapar de su guarida.

Estos pensamientos le acudieron y salvó a la carrera la distancia que le separaba del «Dakota».

Volvió a detenerse antes de traspasar la puerta del fuselaje. Oyó trepidar las armas de fuego, que cesaron su canción de muerte luego de varios segundos de intenso tiroteo.

El motor dejó de emitir sus roncadas explosiones y un silencio de tumba extendióse por todos los ámbitos del abandonado aeródromo.

Entró como una flecha en el avión, deteniéndole unas voces gritando algo en tono perentorio. No el tiempo justo para proveerse de lo que había ido a buscar. Y no pudo evitar una ligera sonrisa de triunfo a la vista del fusil ametrallador que descansaba cerca del asiento del piloto. Lo cogió y emprendió veloz carrera hacia el hangar.

Helen lo esperaba en el zaguán con claras señales de preocupación en su hermoso rostro.

—¿Oíste? —preguntó.

—Sí. Deben ser los hombres de Holloday. Me parece que Lecreq y Haniot han llegado al fin de su carrera. Quizá se trate de Tarrant y sus pandilleros, pero lo dudo —y volviéndose a los otros—: No tenemos tiempo que perder. Si es lo que me figuro, corremos el serio peligro de seguir el camino de los dos franceses. Hemos de llegar al avión y alejarnos antes que nos lo impidan.

Banister dejóse de frotar los tobillos para decirle:

—No creo que ninguno de los dos estemos en condiciones de pilotar el «Dakota»... por ahora. Quizá dentro de un rato —y añadió con desaliento—: Hemos hecho pruebas de andar y nos ha sido imposible dar un solo paso. ¿Sería usted capaz de echar a volar ese cacharro?

—Si quiere puedo intentarlo. Pero sería la primera vez en mi vida que lo hiciera.

Les alargó una botella de brandy.

—Échense un trago. Helen ayudará a caminar al que mejor pueda hacerlo de los dos y yo cargaré con el otro. El caso es poder llegar sanos y salvos al avión. Una vez allí obraremos según aconsejen las circunstancias.

Repartió las armas de fuego, reservándose el fusil ametrallador. Arrimó un banco de trabajo a la pared de poniente y atisbo el camino a través de la ventana.

No vio nada sospechoso.

Bajó, retornando al lado de sus compañeros.

—El camino está despejado todavía. Pero un segundo de retraso puede ser decisivo. Si Holloday no ha venido con ellos, es posible que se conformen con el costurero. Aunque de un modo u otro nosotros tenemos que largarnos inmediatamente a los Estados Unidos.

Y añadió con manifiesta energía al ver el desaliento de los otros ante la pérdida del objeto:

—Exactamente lo que han oído. Tenemos que salir cuanto antes para América. No se ha jugado aún la última baza de esta importante partida y nuestra única posibilidad de ganarla estriba en poder elevarnos con el «Dakota».

Ayudó a Banister a incorporarse y se encaminó a la salida, sosteniéndolo por los sobacos.

Soltó un bufido al oír la seca detonación de una pistola procedente del cercano pinar, empujando al rubio al interior al arrancar el proyectil un trozo de yeso a escasas pulgadas de su cabeza.

—Ya es tarde—masculló—. Nos tienen cogidos en esta latonera y no queda otra alternativa que defender caras nuestras vidas.

—¿Qué demonio quieren ahora si ya tienen en su poder el costurero?

—Quieren a miss Ferris. Y con seguridad que a ustedes también, Banister.

—¿Sí? Pues que vengan a buscarnos —y retirando el seguro del arma—: ¿Quiere ayudarme a tomar posición en uno de los ventanales? Les haremos un caluroso recibimiento.

Holmes, el «navigator», se situó en una de las ventanas laterales del hangar. Banister lo hizo en la fronteriza y a Helen la destinó cuidar de la trasera. Se reservó la puerta y dio las últimas instrucciones mientras procuraba descubrir algún bulto sospechoso en los setos que rodeaban el aeródromo.

—Procuren disparar sobre seguro. Andamos escasos de municiones.

De pronto vieron incorporarse a un hombre por la parte opuesta a la que ellos llegaron al campo de Membury, con un pañuelo blanco atado a la punta de una ramita de pino.

—Mirad —bromeó—. Nos envían un parlamentario. Se ve que míster Holloday ha tomado las cosas en serio. Porque ahora sí que no se puede dudar de que han sido sus hombres los que han liquidado a los franceses.

Lo dejó avanzar hasta el borde de la franja de cemento. Antes que se adentrara en la pista de despegue, le gritó:

—¡Deténgase, amigo! Ya es bastante. Hable lo que tenga que decir. Desde ahí podemos entendernos perfectamente.

—Míster Holloday quiere hacerle una proposición. Tiene en su poder el costurero. Pero le interesa la muchacha y ha de hacerse con ella sea como sea. Si acceden a entregarla dejaremos que ustedes tres puedan largarse libremente. De lo contrario tendrán que atenerse a las consecuencias.

—Todos tendremos que atenernos a las consecuencias. Si quiere a miss Ferris que venga por ella. Y lárguese ya, porque me están dando muy malas intenciones.

El otro no se hizo repetir la invitación. Retrocedió a su sitio de origen con paso medido, perdiéndose de vista tras la maleza.

Segundos más tarde, una granizada de balas se estrellaba de un modo sistemático contra las cuatro paredes del destartado hangar y contra el «Dakota», averiándolo seriamente.

* * *

Maxwell detuvo el taxi doscientas yardas más allá del pinar, apeándose del vehículo. Estaba nervioso a más no poder y sentíase lleno de recónditas aprensiones.

Las órdenes de Grant eran que regresara inmediatamente a la clínica luego de transportarlos hasta Membury. De existir algún peligro estaría en el camino a recorrer entre Londres y el aeródromo. Porque nadie podía sospechar que un «Dakota», habilitado para el transporte de carbón durante la existencia del Puente Aéreo sobre Alemania, fuera el medio de transporte elegido para poner a salvo el costurero. Pero él tenía sus corazonadas...

Consultó varias veces el reloj de pulsera y se extrañó que tardara tanto tiempo en despegar.

Se puso tenso al oír el petardeo de la moto de Haniot. Hubiera jurado que se inició de un lugar inminentemente cerca del aeródromo y eso no podía augurar nada bueno. Y comenzó a vislumbrar lo sucedido cuando las detonaciones cortaron las explosiones del potente motor.

Empuñó la pistola, adentrándose con precaución entre los pinos.

Pudo contar hasta doce los hombres que tomaban posiciones para rodear el hangar y comprendió que nada práctico podía hacer él solo en favor de sus compañeros.

Retrocedió, ocupó el «baquet» y lanzó el vehículo a toda la velocidad que era capaz de desarrollar.

Se salvó milagrosamente dos veces de quedar aplastado contra unos árboles.

Decidió llamar al doctor Grant desde una granja por teléfono, explicándole minuciosamente todo lo que había visto.

—¿Qué podemos hacer, jefe? —acabó, impaciente.

—Muy poca cosa, Maxwell —el tono del doctor reflejaba un cansancio infinito y una forzada resignación ante el Destino—. No disponemos de los hombres necesarios para poder presentar batalla a los secuaces de Holloday. Sólo nos queda una puerta de escape. Contárselo todo al inspector y que eche sobre esos bandidos todo el peso de Scotland Yard. En cuanto al costurero... lo habremos de dejar en manos de Tarrant y Dene, sin perder la confianza en la

iniciativa propia de Howard y nuestros tres agentes en apuros. Sitúese cerca de Membury y espere allí nuestra llegada. Yo mismo me encargaré de mover a Dene y a Tarrant. Sé muy bien dónde encontrarlos.

Dene escuchó la narración de labios de Grant sin interrumpirle. Se dio cuenta que había sido burlado por los hombres del doctor, pero al final no tenían otra alternativa que solicitar su ayuda y eso le resarcía de su fracaso anterior.

Tampoco le dijo nada cuando hubo concluido su explicación. Se limitó a llamar al sargento, ordenándole preparar los coches patrulleros. Y él mismo se encargó de avisar a Tarrant para que éste les acompañara.

* * *

Howard se volvió a mirar a Helen. La vio oteando el desigual terreno que se abría al otro lado del camino, con la pistola presta a ser disparada al menor indicio de la presencia de los atacantes.

Pero no era por allí por donde hallábase concentrado el grueso principal de los pandilleros de Holloday. Sólo uno o dos, para distraer la atención de los defensores del hangar. Los flancos eran los más castigados por los disparos. Y apenas parecían hacer gran caso tampoco de la fachada frontal.

De pronto cesó el fuego y un silencio ominoso extendióse por el lugar.

—Atención, muchachos —previno Howard—. Al parecer se han cansado de su inútil tiroteo. Ahora intentarán algún golpe que pueda resultarles más fructuoso que gastar las balas en balde.

El motor de un automóvil se dejó oír a la derecha.

El vehículo atravesó el campo arado con dificultad, logrando al fin penetrar en la pista acementada. Enfiló la franja de cemento rectamente hacia el hangar, cruzando junto al inmóvil «Dakota» a toda velocidad.

Howard adivinó el auténtico móvil que se ocultaba tras la inopinada maniobra y gritó a sus compañeros:

—¡Van a derribar la puerta con un auto a toda marcha! Luego se lanzarán en tromba contra nosotros el resto de los hombres. Encargaros de los ocupantes del coche. El resto corre de mi cuenta.

Envió una ráfaga contra el vehículo, que se les venía encima con un gemido del motor, forzado a rendir todo lo que podía dar de sí, destrozando el parabrisas, agujereando el radiador y perforando los neumáticos delanteros.

El suicida conductor encogido de forma inverosímil en el asiento, contuvo las cabriolas del coche sin torcerse del camino que habíase propuesto seguir hasta el fin.

Howard tuvo el tiempo justo de lanzarse en plancha al suelo, a un costado de la nave, librándose por muy poco de perecer aplastado.

El choque fue espectacular.

La puerta, materialmente arrancada de sus raíces y partida en tres pedazos, cayó cerca del lugar donde Helen se encontraba, proyectada por la fuerza del encontronazo. Dos trozos de pared a ambos lados de la entrada derrumbándose.

Howard se incorporó sin hacer caso de las contusiones en los hombros y en la espalda que los ladrillos habíanle ocasionado, corriendo al enorme boquete abierto por el choque, despreocupándose de los ocupantes del coche.

Las armas detonaron a espaldas suyas, pero no se volvió a enterarse del resultado de la refriega, porque estaba seguro de que Banister y Holmes darían buena cuenta de los enemigos apostados en el interior del vehículo.

Concentró toda su atención en el exterior.

Contó hasta diez los hombres que corrían en dirección al hangar, partiendo de todos los ámbitos de la pista de despegue, con las armas preparadas y gritando como energúmenos.

Oprimió el gatillo del fusil ametrallador, haciendo girar el cañón en semicírculo.

Envió un par de ráfagas contra el grupo de asaltantes y soltó una carcajada a la vista de los resultados. Tres hombres habían mordido el polvo, mientras los restantes se detenían presa de la indecisión.

Aquello le hizo recordar sus buenos tiempos de la guerra.

Se aprestó a lanzar otra granizada de balas contra los secuaces de Holloday, pero quedó en suspenso antes que su dedo índice volviera a curvarse sobre el gatillo.

Las sirenas de los coches de Scotland Yard lanzaban a los cuatro vientos su estridente sonido anunciando la inmediata llegada de la policía al lugar de la refriega.

Se dio cuenta que el pánico cundía entre los supervivientes.

Aprovechó la coyuntura para salir raudo a la pista y enviar otra ráfaga contra ellos.

Aquello acabó desmoralizándolos del todo.

Cuatro más cayeron al suelo heridos por los proyectiles. Los tres restantes se dieron a la fuga en distintas direcciones, internándose entre los setos y el bosquecillo de pinos, confiando la salvación a la velocidad de sus piernas.

Howard arrojó al suelo el fusil ametrallador, empuñando la pistola. Y corrió hacia la parte trasera del hangar, por donde Haniot y Lecreq habían marchado tripulando su motocicleta.

Siguió camino adelante sin decrecer la velocidad inicial. Sabía lo que buscaba y estaba cierto de encontrarlo por ese lado.

A menos de cien metros de Membury tropezó con los cadáveres de los dos franceses, cosidos a balazos. Estaban en mitad del camino, en trágicas posturas; Haniot con una pierna bajo la moto, y Lecreq dos pasos más atrás.

Un tronco de pino obstruía la carretera, y Howard lo saltó limpiamente.

Entonces percibió el ruido del «Cadillac» al ser conectado el encendido.

Atajó la curva del camino, internándose en línea recta por entre los tupidos pinos, para encontrarse de pronto al descubierto a menos de tres metros del lujoso coche de Holloday.

Este era el único ocupante del coche.

Abrió la portezuela al tiempo que el vehículo adquiría velocidad.

El jefe del ilegal movimiento del «Mundo Nuevo» en Inglaterra trató de alcanzar el arma que portaba en la funda de la axila. Pero Howard no le dio tiempo.

Le propinó un culatazo en la sien derecha al tiempo que giraba el volante con la otra mano.

El coche embistió un árbol, deteniéndose.

Jack arrastró afuera el cuerpo del otro, semiinconsciente, obligándole a ponerse en pie.

—Ahora usted y yo, Holloday —masculló—, vamos a saldar una cuenta pendiente.

Le aplicó un puñetazo en los ojos, proyectándole contra el vehículo. Iba a izarlo de nuevo cogiéndole por las solapas, pero le contuvo el sonido de los pitos de la policía.

El inspector Dene, Tarrant y un agente uniformado corrían hacia allí.

Tarrant abalanzóse sobre el caído, forcejeando con él breves instantes. Cuando se alzó, portando en su diestra el costurero, una sonrisa de triunfo iluminaba sus facciones.

El inspector Dene, dirigióse al maltrecho «boss», ordenándole en tono perentorio:

—Levántese, Holloday. Tendrá que responder de un sinfín de turbios manejos ante los Tribunales.

Holloday llevóse de pronto la mano a la boca, sonriendo fríamente.

—Se equivoca, Dene, si piensa que yo...

La voz estrangulóse en su garganta. Dilatáronse sus pupilas, adquiriendo su rostro una palidez cadavérica. El olor a almendras amargas que flotó en el espacio les hizo comprender la verdad de lo sucedido. Holloday se había envenenado.

—Ese es el objeto que Holland traía para miss Ferris —dijo Tarrant con ironía, apartando la vista del cadáver—.

Naturalmente, le será devuelto después que Scotland Yard haya hecho un detenido examen de su contenido. Entre tanto, creo que el inspector Dene no tendrá inconveniente en que sigan disfrutando de libertad provisional hasta que hayan declarado acerca de lo sucedido aquí.

* * *

El doctor Grant paseó la mirada por los sombríos rostros de los congregados en torno a la mesa de su despacho.

Sólo Jack Howard conservaba la serenidad habitual en él. Los restantes daban la impresión de que el mundo se les había venido encima.

—Bien; hemos fracasado —dijo Grant—. No obstante, creo que...

—Un momento —intervino Howard—. No admito la palabra fracaso. Me enseñaron a no creer en ella en la Academia de Quantico. Y es algo que me crispa los nervios.

—No lo entiendo, Jack.

—Pues es muy fácil. Después de todo, puede que alguien me tilde de tahúr o de timador. Porque me he guardado las cartas del triunfo para sacarlas al final. Y creo que el final ha llegado.

Se puso serio de repente, volviéndose a Grant para decirle:

—¿Cuánto tiempo calcula usted que tardarán en examinar a fondo los objetos del costurero?

—Un par de horas, quizá.

—Pues ése es el tiempo de que disponemos para salir disparados de Inglaterra. Porque la cinta métrica y los carretes que se han llevado Dene y Tarrant no sirven para otra cosa que coser y medir. Anoche se me ocurrió la idea y creo que he acertado.

Ante los atónitos ojos de los cinco hombres y la mujer, puso encima de la mesa todos los objetos del costurero que encerraban los codiciados secretos, envueltos en un recorte de periódico.

Grant saltó del asiento y atravesó el despacho a grandes zancadas. Se volvió antes de salir al pasillo para decirles:

—Siles: desinfecta la herida de Holmes y véndasela. Y tú, Maxwell, disponte a acompañarnos también. ¡No hay tiempo que perder!

* * *

—Ese maldito inspector —masculló Siles—. Hay dos agentes vigilando el muro por la parte de atrás y otra pareja paseando por el callejón. Nos tienen rodeados.

—No tiene importancia, Siles —replicó Jack—. Nos evadiremos de la forma que habíamos pensado en un principio. Sitúese al volante de la ambulancia y esté preparado para entrar en acción dentro de diez minutos. Y no se olvide de poner en marcha el motor del taxi antes de nada. Nos ahorrará un tiempo precioso.

Maxwell salió el primero, ocupando su puesto frente al volante del taxi. Holmes lo siguió a toda prisa, mientras Banister, Helen y Howard lo hacían unos segundos después, metiéndose los tres en la parte posterior del vehículo.

El coche arrancó a toda marcha antes que hubieran tenido tiempo de cerrar la portezuela.

El automóvil de la Patrulla Volante de Scotland Yard se puso a su vez en movimiento para efectuar la persecución de los fugitivos.

No habían avanzado diez metros cuando la ambulancia particular de la clínica, tripulada por Siles, brotó rauda de la abierta puerta del garage, cruzándose en el camino del coche de la policía.

El agente aplicó el freno y viró con experimentada destreza, mas no pudo evitar que ambos vehículos entraran en colisión. El choque no fue muy fuerte, pero sí lo suficiente para imposibilitar al auto de la Patrulla continuar la persecución.

El radiador fue proyectado contra el ventilador y las aspas habían dejado sus huellas en forma de surco circular, por donde

escapaba el agua a chorro, formando charco en el suelo entre las ruedas delanteras.

La ambulancia presentaba una abolladura formidable en el guardabarros trasero, que se extendía también a buena parte de la carrocería. Pero esto no parecía tener demasiada importancia a juzgar por la tenue sonrisa de triunfo que distendía los labios del ayudante del doctor cuando saltó del coche al suelo.

—Esto lo pagará usted caro, amigo —le apostrofó uno de los ocupantes del coche policíaco—. Nos veremos las caras en Scotland Yard.

—Déjalo, Vilckes —intervino el otro—. No pierdas el tiempo con él. Ya no tiene remedio. El inspector Dene se encargará de darle su merecido. Conecta el aparato emisor y ponte al habla con la Central. Tenemos el número de la matrícula y... Espera. Me parece que no va a ser necesario.

Descendieron a la calzada y corrieron al encuentro del automóvil oficial de Scotland Yard, que venía en dirección a la clínica a toda velocidad.

El coche se detuvo junto a ellos con brusco frenazo, que hizo chirriar los neumáticos al patinar.

Dene se apeó seguido de Tarrant. Un Tarrant pálido como un cadáver, con unas ojeras impresionantes y una expresión de locura desfigurando su faz.

Cogió a Siles por las solapas y lo zarandeó al tiempo que inquiría:

—¿Dónde está ese maldito «gángster» americano? Poco he de valer si no consigo borrarlo del mundo de los vivos. ¿Dónde lo tenéis oculto?

El doctor Grant, que acababa de salir de la clínica, le puso una mano en el hombro para decirle:

—Cálmese, Tarrant. Nada conseguirá con la violencia. No tenemos oculto ningún «gángster». De todas formas, eso lo contestará ante el Comisario jefe de Scotland Yard. ¿Desde cuándo los delincuentes internacionales tienen potestad sobre los inspectores del Yard?

Dene le tiró del brazo para que volviera al interior del —coche.

—Vamos, Tarrant. No podemos desperdiciar el tiempo. Tenemos que encontrar rápidamente el coche fugitivo.

El vehículo emprendió veloz carrera, haciendo sonar la sirena sin interrupción para que dejara paso franco por las calles que atravesaban.

—Tengo una corazonada —dijo Dene—. Si falla, habremos fracasado de la manera más rotunda. Pero es nuestra única esperanza y nos aferramos a ella como el náufrago a la tabla salvadora.

—¿Por qué no comunicas con la Central y pones sobre aviso a todos los coches de la Patrulla?

—Porque sería inútil. Es demasiado tarde para dar la alarma. Hemos llegado a un extremo en el que sólo podemos dejarnos guiar por nuestro propio instinto.

—Haré pagar caro a Grant la jugadita de la ambulancia.

—Tendrás que hacerlo «fuera de serie». No olvides que debemos evitar de un modo oficial conflictos internacionales.

Tarrant pasó por alto el sarcasmo y preguntó:

—¿En qué consiste esa corazonada tuya?

—Muy sencillo. Si los americanos eligieron en un principio el avión para efectuar la travesía a los Estados Unidos, es porque el aire ofrece el medio más rápido de locomoción. Y no habrán cambiado de idea. Ni de táctica. En eso estriba mi confianza. Ahora que Membury les está vedado, se habrán decidido seguramente por Castrell. Otro campo de despegue parecido a Membury, aunque bastante mayor que éste. También abandonado desde que acabó la guerra. Saldremos de dudas antes de media hora. Puede que lleguemos tarde, aunque me inclino a suponer que no. Sólo de una cosa estoy plenamente seguro. Que si me he equivocado en mi hipótesis, o corazonada, como quieras llamarla, y ellos desaparecen mientras por otro lado presentaré mi dimisión y me dedicaré por entero a cuidar del jardín y fregarle los platos a mi esposa.

* * *

El taxi estuvo a punto de derrapar al atravesar la depresión de terreno que rodeaba la franja acementada de la pista de despegue de Castrell, pero volvió a su posición normal luego de mantenerse unos segundos sobre dos ruedas.

Avanzaron moderadamente hasta situarse junto al enorme cuerpo del «Tudor» que los esperaba para efectuar el vuelo del Atlántico.

Corrieron por el cemento, dejando el coche abandonado en un ángulo de la pista; más allá de la cola del avión.

Tres de los motores estaban funcionando con regularidad, pero el otro renqueaba ostensiblemente, produciendo un sonido parecido al de la tos de un asmático.

Entraron en la cabina, dirigiéndose Jack a los dos hombres embutidos en sucios monos azules de mecánico, que manipulaban en los mandos.

—¿Tiene avería ese motor? Porque es de vital importancia el que podamos emprender el vuelo en el menor tiempo posible. El triunfo o el fracaso pueden depender de un minuto de pérdida.

—Lo sabemos —replicó uno de ellos sin volverse—. Por eso mismo llevamos más de media hora trabajando como negros para localizar el punto neurálgico de la avería. Ahora, gracias a Dios, ya lo hemos encontrado. Un cable casi cortado. ¿Oye toser al motor? Las chispas no se producen con regularidad. Pero escuche ahora.

Rompió la cinta aislante después de rodear con ella el hilo de conducción eléctrica en el que había manipulado y señaló a un lado con el pulgar al tiempo que inclinaba la cabeza, aguzando el oído.

El motor dejó de toser para emitir un gemido agudo y regular, que ya no se interrumpió.

Los mecánicos descendieron al suelo, haciendo gestos con las manos en señal de despedida.

Maxwell y Banister tomaron el mando del avión y Holmes ocupó su puesto en la mesa del «navigator». Banister bajó despacio las

palancas con la palma de la mano y los cuatro hombres rugieron al unísono.

El fuselaje tembló con violencia bajo la presión de los frenos. Luego, los soltó y empezaron a correr.

Accionó con el pie izquierdo el timón para contrarrestar un giro de la cola y concentró toda su atención en la palanca de mando, mientras Maxwell observaba el tablero de las revoluciones y el indicador de la velocidad del aire.

De repente vieron aparecer delante suya un coche oficial de la policía, que salvó limpiamente la pronunciada cuneta que delimitaba la pista de aterrizaje, para acabar deteniéndose sobre la franja de cemento, justamente en el terreno que el avión tenía que recorrer para adquirir el impulso necesario y poder elevarse al espacio.

Maxwell soltó una interjección al reconocer a Dene y a Tarrant entre los cuatro hombres que abandonaban el vehículo para resguardarse tras la depresión del terreno, haciéndoles señales de que se detuvieran para evitar la catástrofe preparada con astucia.

Howard pasó su mano con suavidad sobre el hombro de Banister, en el que convergían las miradas de todos los ocupantes del «Tudor».

Le vio apretar los labios hasta formar una fina línea, y admiró desde su fuero interno el temple de aquel hombre al sentir cómo descendía la palanca de mando bajo sus manos crispadas, cuando el choque contra el vehículo parecía inevitable.

Las ruedas saltaron bruscamente sobre un trozo desprendido de cemento, pasaron a escasas pulgadas del techo del automóvil y el avión se elevó por el aire con suavidad y firmeza.

—Parece que ya se acabaron los sustos—dijo Howard, enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo—. A no ser que envíen contra nosotros alguna escuadrilla de caza para obligarnos a aterrizar.

—Ni soñarlo —respondió Banister—. No se atreverán. Hemos triunfado gracias a usted, Howard. El Departamento Secreto le debe una de sus mejores victorias. Y el mundo libre también.

—Hemos triunfado gracias al esfuerzo de todos, Banister.

—Es usted muy modesto. No sé qué hubiésemos podido hacer sin su magnífica ayuda.

Lanzó una ojeada al lugar donde estaba el agente del F.B.I., extrañado de no recibir respuesta.

Holmes, Maxwell y él cambiaron después entre sí sendas miradas de comprensión, en las que chispeaba una divertida malicia.

Howard había abrazado a Helen y la besaba largamente en los labios.

FIN